

DE GABRIEL A GABRIEL

Marinella Terzi

... no hay día en que no me pare a pensar en él
en algún instante por uno u otro motivo,
en realidad no se puede dejar de contar con la gente
por el hecho accidental de que ya no podamos verla.

(Sangre de lanza, Javier Marías)

Mi padre no está muerto. Es solo que se ha marchado a un viaje muy largo. Tardará días en volver. Tal vez cuando lo haga yo ya no esté aquí. Se fue hace dos semanas. Justo catorce días.

Siempre me he reído de los diarios, de esas debilidades de verter los pensamientos en un papel. Son cosas de chicas. Yo soy un hombre. Supongo...

Este cuaderno de tapas duras con pequeños cuadros azules y blancos, me lo regaló Alejandra. Como tantas otras cosas. La verdad es que no me he portado demasiado bien con ella. Nunca. Desde que la conozco hace cinco años. Cuando llegó al colegio. Estábamos en quinto de primaria. Venía de Bolivia. Nada menos. Lo primero que hice aquel día fue mirar un mapa de América. Para ver dónde andaba aquel país. Rodeado de tierra por todas partes. Sin mar. ¡Vaya cosas!

Es morena de piel y tiene los dientes muy blancos. Sonreía entonces y sonrío ahora.

Siempre.

A pesar de todas las cosas que le he dicho a lo largo de los años. Lo primero que se me pasa por la cabeza. Con ella nunca me he cortado. Es curioso.

Me molesta de Alejandra su actitud tan solícita. Si yo opino blanco, ella blanco. Si, yo negro, ella negro. Si yo digo que quiero ir al cine, ella que cuando yo diga. Si yo digo delante del escaparate de la papelería que qué cuaderno tan bonito, ¡plaf! Al día siguiente el cuaderno está encima de mi mesa. ¡Es desesperante!

Y, sin embargo, ella, solo ella, me dio la mano hace catorce días, dos semanas justas. Cuando él se marchó. Y ese gesto me gustó. Igual que su sonrisa. La vida es bien extraña y contra las sensaciones no se puede luchar. Solo hay que dejarse llevar. Por lo menos eso decía siempre Gabriel I. Yo soy Gabriel II. Para entendernos en casa. “¡Trae la comida, Gabriel III!” “Te llaman al teléfono, Gabriel I” Palabras textuales de Fernanda, mi madre. Ahora ya no hará falta que me ponga ese apellido..., mi madre.

Por cierto, tengo que hablar con ella. Un día de estos. Y preguntarle muchas cosas. ¿Me atreveré?

Esta noche he soñado que estaba metido en una burbuja de cristal. Pero no era por enfermedad –como en aquella película de John Travolta que pusieron el otro día en

televisión-. Era porque me negaba a hablar con la gente. Y lo más cómodo era encerrarme en vida. Así nadie venía a molestar. En la burbuja había un agujero. Por ahí sacaba la mano, pero no alcanzaba la mano de Fernanda. Me quedaba a unos milímetros. Hacía fuerza y me acercaba. Y entonces sí: rozaba las puntas de sus dedos. Como en *La Creación* de Miguel Ángel. La vi el verano que estuve en Roma con mis padres.

Luego, me he despertado y me he quedado sin saber cómo se acababa el maldito sueño. Siempre pasa lo mismo. Uno se despierta en lo mejor. El sueño se termina en lo mejor. Como en las series. Lo malo es que no hay un nuevo capítulo al día siguiente.

Mañana tengo control de historia. Pero no voy a perder el tiempo abriendo el libro para que parezca que estudio. Gabriel I no va a venir. Y Fernanda está en casa de la abuela.

Me bajo al Retiro a dar una vuelta.

He visto a la vieja del carrito. He visto a la Estatua de la Libertad. La vieja lleva la casa encima. Como los caracoles. Cartones y bolsas de plástico en el carro. Y con el buen tiempo que hace, un grueso abrigo de paño gris. La Estatua de la Libertad es blanca, no verde. Se pasa horas si mover una pestaña. ¡Qué vida! ¿No? Su gorro de pinchos es de cartón pintado. De lejos da el pego, pero de cerca da pena. ¡Ja! Creo que estas son las gracias que le gustan a Alejandra. Siempre está diciendo que conmigo se ríe un montón. Y lo dice con su acento meloso. “Yo *nasí* en *La Pas*”, dice. *La Pas* está a 3.700 metros de altura. Si uno no está acostumbrado, se ahoga. ¡Qué cosas!

Algún día me gustaría ir a La Paz. A ver si me ahogo. O sobrevivo. Pero solo. Alejandra que se quede aquí, a más de 10.000 kilómetros de distancia. Eso –lo de la distancia- lo he mirado en un atlas, ¿eh?

Me he pasado la vida –mi vida- diciendo “Mañana será otro día”, sin enfrentarme a las cosas. Cuando vi *Lo que el viento se llevó*, casi me da un pasmo. Allí estaba yo, solo que disfrazado de Escarlata O’Hara, diciendo lo de “Mañana será otro día” a todas horas. “Hoy no puedo pensar, ya lo decidiré mañana. Mañana será otro día”. Pero no, no siempre hay otro día, no siempre hay una segunda oportunidad. Ahora me doy cuenta. Mi padre se ha marchado y yo no puedo rebobinar la película para decirle un

montón de cosas que se han quedado en el tintero. Una de ellas que lo quería... ¡Je!
Esas cosas solo las dicen los americanos en las películas americanas. Ni más ni menos.

Ya te estás dando cuenta, cuaderno de cuadros comprado por Alejandra, que lo mío es el cine, a todas horas. Y te voy a contar un secreto, un secreto que no lo sabe ni Roberto, ni Alejandra, ni Fernanda, ni lo sabrá nunca Gabriel I: voy a estudiar Cinematografía. Y cuando dirija *El mimo parlante* –ese va a ser el título de mi primer largometraje, aunque ahora mismo no tengo ni idea de qué va a tratar-, me darán el óscar, como a Garci, como a Trueba, como a Almodóvar, como a Amenábar. Cosas del futuro, de *mi* futuro. Y eso sí tendré que pensarlo mañana; para eso sí habrá un mañana, supongo...

Pero lo que yo quería decir es que mi padre no me dio tiempo a nada, se marchó sin avisar y eso no es justo. No me parece bien. En el preciso momento en que yo estaba empezando a comprender lo que era un padre, en una etapa complicadísima –la de la adolescencia-, como dice el psicólogo del colegio; cuando comenzaba a intuir que él no era perfecto, que a veces metía la pata, vamos. Y vaya si la metió al desaparecer así como así, sin ni siquiera despedirse.

He decidido que tengo que fijar los recuerdos, los recuerdos que tratan de él. No quiero que los pocos, poquísimos, que tengo se diluyan sin más. Y es que son una birria, minúsculos en comparación con quince años de vida. ¿Cómo es posible? Día a día con él durante quince años y ¿qué sabía yo de mi padre? Apenas nada. Así que voy a escribirle cartas, aquí, en este mismo cuaderno. Cartas que no esperan respuesta, porque, al fin y al cabo, son mucho más para mí que para él. He de fijar recuerdos. Me da miedo que los pocos que tengo desaparezcan también. Necesito tener recuerdos para el futuro. Lo primero es mirar el álbum de fotos.

Querido Gabriel (De Gabriel a Gabriel, de tú a tú):

Tenías veintiséis años cuando yo nací, once más de los que tengo yo ahora. En la primera foto del primer álbum de mi vida estás tú conmigo en brazos. Es curioso que Fernanda, que al fin y al cabo me parió, no aparezca hasta la tercera foto. Primero contigo, luego solo, y a la tercera ya sí: con ella, mi madre. En la foto me sostienes como con miedo y sonrías. Verdadera cara de satisfacción. Pocas veces te he visto reírte a pleno pulmón, pero esa sonrisa sí, indicaba satisfacción. Era el año 2006 y estabas un poco más joven y con un poco más de pelo, claro. No creo que dijeras

muchas cosas cuando yo nací, eras hombre de pocas palabras. Por cierto, tendrían que inventar fotos con sonido, si no ¿cómo demonios voy a fijar tu voz? Creo que he empezado a olvidarla. A pesar de que casi todas las noches tengo la sensación de que va a sonar el teléfono, y al descolgarlo, voy a escucharte. Imposible, claro.

Antes, cuando mamá y tú comentabas cosas del pasado –ahora Fernanda no habla nunca de ti. Supongo que tiene que pasar un tiempo hasta que asimile que la has abandonado y te perdone-, ella decía que habías sido un marido compañero de fatigas, que me bañabas en la bañera portátil, me cambiabas los pañales y me dabas la papilla. Te portaste, vaya. Fue una suerte que pasaras tantas horas en casa mientras mamá acudía mañana y tarde al despacho de abogados. A ti te imagino dibujando sobre tu mesa de trabajo mientras con el pie izquierdo movías el capazo para que me durmiera. No sé, lo he vivido, pero no he sacado de ello ningún partido, creo. Intuyo que fue así o, por lo menos, quiero imaginarlo.

Después de comer, mamá volvía corriendo al despacho y tú me sacabas a dar una vuelta por el Retiro. Siempre el Retiro. ¿Había ya entonces estatuas de la Libertad, mujeres con carrito, pitonisas y trileros?

No sé ni lo sabré nunca. No puedo preguntártelo. Lo que no había, seguro, era repartidores de “Metro directo”. Ahora por las mañanas hay uno siempre junto a la boca de Retiro en la plaza de la Independencia. Seguro que lo has visto alguna vez. ¿Por qué no lo hemos comentado jamás? Eran tonterías seguramente, aunque ahora no me lo parecen.

¿Cuál es mi primer recuerdo junto a ti? Ni siquiera eso sé. Me veo escuchando el tictac de tu reloj, eso sí. ¿Cuántos años tenía entonces? Muy pocos, porque tú te quitabas el reloj y lo ponías encima de la cama, y yo, sin ni siquiera agacharme, doblaba la cabeza y reposaba mi oreja sobre el reloj y sobre la cama, así, sin más. Tictac, tictac. Todas las noches, como un ritual, antes de acostarme. ¿Y dónde estaba Fernanda, entonces? Imagino que preparando vuestra cena. Creo que todavía sería más difícil para mí recordar cosas de Fernanda. Y eso también me habría gustado hablarlo contigo. Por hoy nada más. Te mando un beso, donde quiera que estés.

Gabriel

A veces en la vida ves cosas que son como imágenes de una película. Están ahí y, sin embargo, no puedes creerlas. Son eso, demasiado *peliculeras*. Hoy me ha pasado. Volví del colegio y no tenía prisa. Sabía que Fernanda no iba a venir a comer. Así que he entrado en el Retiro por la puerta que da a Menéndez Pelayo. La puerta de Granada, se llama, aunque no lo sepa mucha gente. Allí he visto el primer par de zapatos, viejos, raídos, de color marrón. He seguido andando y, a unos diez metros, me he encontrado con el segundo: unos mocasines de hombre, azules. Y, después, unas sandalias de cuero. Y algo más allá, unos botines negros. Así hasta un total de ocho pares. Parecía una visión, pero ¿qué había detrás de todo aquello y dónde estaban los dueños de los zapatos? ¿Caminando descalzos por el parque, como en aquella película de Jane Fonda y Robert Redford? Nunca lo sabré, pero la imagen ha sido preciosa, tanto que me he puesto de buen humor y he vuelto silbando a casa. Ya ves por qué tontería uno puede sentirse mejor. Es la primera vez que silbo desde que papá se marchó...

Estoy contento de haber fijado aquí la imagen de los zapatos abandonados, porque voy a utilizarla cuando ruede *El mimo parlante*. La acción transcurrirá en el Retiro, claro; el mimo trabajará allí, y los zapatos formarán parte de los primeros fotogramas. Seguro. De todas formas, ahora que lo pienso, lo del mimo parlante tiene su razón de ser. Estaba oculto en mi mente y acabo de descubrirlo. Voy a cambiar de habitación.

Sí, aquí estoy, en el estudio de mi padre. Colgado sobre la mesa hay un póster enmarcado. Es una fotografía de Marcel Marceau, un mimo francés que se pasó toda la vida actuando. Mis padres contaban que lo vieron una vez cuando vino a Madrid. Este debe de ser el mimo de mi película futura, tiene que ser, no puede ser otro. Su foto preside esta habitación desde hace años. Y ahora, aquí, bajo la protección de Marcel Marceau, escribo una nueva carta.

Querido Gabriel:

Te pasabas horas y horas ilustrando, con una meticulosidad que no he encontrado en nadie más. Hiperrealismo puro. Eras casi como un Antonio López de la ilustración. A veces, cuando te daba por hablar —y eso ocurría de tarde en tarde—, me

decías que en los primeros tiempos tuviste que hacer de todo, incluso libros de esos para que colorearan los más pequeños, y lo hiciste por dinero, claro. No estabas para rechazar nada. Pero eras consciente de que aquello no era para ti. Lo tuyo eran verdaderos cuadros en miniatura. Por eso te sentías feliz cuando te encargaban una portada de una colección juvenil o, rara vez, algo de adultos. Tus dibujos me alucinaban de pequeño y me siguen alucinando de mayor.

Los domingos por la mañana te metías en tu cuarto y a mí me ilusionaba sentarme junto a ti. Entonces, me mirabas muy serio, me dabas una hoja de papel y lápices de todos los colores. ¿Querías estudiar mis posibilidades? Supongo que pronto te diste cuenta de que no tenía ninguna. Pero yo era feliz allí “trabajando” junto a ti.

Mamá aprovechaba los domingos para hacer cosas de la casa. Los demás días nunca podía hacer nada. Lo entiendo, lo comprendo, pero tampoco entonces tenía tiempo para mí.

Tú te ponías música de fondo, en tu trabajo la música no molestaba, incluso acompañaba. No muy alta, pero allí estaba siempre. Presente. Los cantautores eran tus preferidos y, por encima de todos, siempre Serrat. Por cierto, hace días que no escucho música. Con Fernanda no me atrevo a ponerla, creo que no está el horno para bollos. Pero ahora que no está ella, ¿qué habías puesto en el compact antes de irte?

Ha sido sin duda una broma macabra, una ironía del destino: el homenaje a Miguel Hernández de Serrat y, en concreto, una canción, la elegía a Ramón Sijé, a quien tanto quería... Es una canción preciosa, tomada de un precioso poema. Tú te lo sabías de memoria, y yo también, aunque nunca nadie se ha enterado, ni en casa, ni en el colegio. Roberto se moriría del susto si me diera un día la vena loca de recitárselo. Y Alejandra... supongo que Alejandra sonreiría. Por si acaso, no voy a hacer la prueba.

Pero, aunque te lo sepas de memoria, voy a escribírtelo –así sabrás por fin que yo también lo sé-. Espero que te llegue este mensaje donde quiera que estés:

“Yo quiero ser llorando el hortelano de la tierra que ocupas y estercolas, compañero del alma, tan temprano. Alimentando lluvias, caracolas y órganos mi dolor sin instrumento.../... A las aladas almas de las rosas del almendro de nata te requiero que tenemos que hablar de muchas cosas, compañero del alma, compañero.”

Y por hoy no puedo decir nada más: te quiero.

Gabriel

No me gusta jugar al fútbol. ¿Me tiene que gustar?

Lo digo porque Roberto es del equipo de fútbol del colegio. Participa en los campeonatos interescolares, y todo. Siempre me está intentando convencer de que es lo mejor, de lo bien que se lo pasa uno jugando, y de lo feliz que uno se siente luego. “Cansado pero feliz”, dice. Pero a mí el fútbol no me va. No me iba ni siquiera de pequeño, cuando no me atrevía a decir que no a las cosas, y jugaba cuando había que jugar. A veces, incluso, bajo la lluvia. ¿Será posible? Todo por no ser diferente, por ser igual a los demás. Ahora sí digo que no. Muchas veces. Cada vez más. Soy el raro, lo sé. Y, sin embargo, siento que me respetan. Creo que por Alejandra. Muchos la admiran, a muchos les gusta. Y ella se ríe de ellos paseando conmigo en los recreos. No, no me gusta el fútbol, se lo dejo bien claro a Roberto cada vez que comienza a soltar su rollo de la importancia del deporte. Le digo: Sí, Roberto, pero el deporte que yo elija, y yo ya he elegido: la natación. Voy y vengo, voy y vengo, voy y vengo en la piscina, los martes, y me acuerdo de aquella maravillosa secuencia de *Azul*.

Nado y nado, como en la escena de esa película polaca. Claro que yo no soy Juliette Binoche, ¡ni mucho menos! Que ¿cómo soy? Bajito, he de confesarlo; Alejandra me saca casi la cabeza. Aparte de eso, pelo rizado, castaño, y ojos marrones; corriente, vamos. Pero de carácter no soy corriente, lo sé. Soy distinto. Me gustan otras cosas. Deben de ser los genes, o la educación recibida en casa, no sé. Soy distinto, y muchas veces, casi siempre, eso hace que me sienta incómodo.

Pero hace años tomé una decisión. Aunque me sintiera mal por ser distinto, no podía claudicar y cambiar; no, no podía. Fue un día que fuimos de excursión toda la clase. Los chicos estábamos en medio de una gran pradera, sentados en el suelo. Las niñas se habían alejado y se habían puesto a cantar canciones con los profesores que nos acompañaban. Jaime y Juan, que siempre han tenido poder de convocatoria, hacían bromas y contaban chistes verdes. Los demás se reían a más no poder. Yo ni los escuchaba. Acababa de darme cuenta de que Venus había salido ya. Estaba atardeciendo y fue la primera estrella -¿estrella?- que se divisaba. Y lo dije, lo dije en voz alta. Entonces, sí que se rieron de verdad. Y yo tomé mi decisión, en firme. Tenía diez años.

Ha pasado mucho tiempo, pero sigo cumpliendo con aquella decisión día a día, a rajatabla.

Domingo por la mañana. He desayunado con Fernanda. Juntos. En la cocina. Frente a frente. Ella hojeaba el periódico, pero lo ha dejado para preguntarme cómo me iban las cosas. Mi primera conversación con ella desde la huida de papá. ¿Huida?

-Bien, las cosas me van bien.

-¿Seguro?

¿Era su voz fuerte de siempre o temblaba ligeramente? La verdad es que no lo sé, pero hubiera deseado que temblara, eso sí lo sé.

¿Por qué es tan dura, por qué es tan fuerte? ¿Por qué es una madre diferente a todas las demás madres? No recuerdo sus mimos, sí los de mi padre. No recuerdo sus caricias, sí las de mi padre.

Después me ha preguntado por el colegio. Y he estado a punto de contestarle que hace días que no estudio, que he decidido no estudiar más hasta que acabe la tarea que me he propuesto: terminar el cuaderno, hasta la última línea. Luego, podré volver a estudiar; antes no. Y si suspendo, me da lo mismo. Habrá tiempo para volver a estudiar. Ahora tengo algo más importante que hacer; también es estudio, al fin y al cabo.

Me estoy estudiando a mí mismo, y a mi padre, estoy estudiando a mi padre. Y también la estudio a ella, claro; aunque no pienso profundizar tanto, ¿para qué? Lo suyo es solo un repaso general. Esa lección, la de mi madre, me la sé de memoria.

Pero no le he contestado nada de todo eso. Me he limitado a decir que bien, que todo bien. Y nada más. Fernanda ha vuelto al periódico. Yo me he ido a la ducha y, con el pelo todavía mojado, me he lanzado hacia el Retiro. Era pronto y no había casi nadie. Me he dado una vuelta por los jardines de Cecilio Rodríguez, y por la Rosaleda. Este año todavía no había ido a ver las rosas. Después, me he dirigido hacia el estanque. En la glorieta de la Sardana estaban preparando ya los altavoces. Ya había gente remando en el estanque. Había gente colocando ya sus puestos: pañuelos, pulseras de cuero, gafas de sol, riñoneras... Y estaba la Estatua de la Libertad. Me he sentado en el respaldo de un banco a observarla. Suele ser de las primeras que aparece y la última en irse.

Me he pasado tiempo y tiempo allí sentado. Han venido unos peruanos -¿o serían bolivianos?- con bonetes de colores cantando canciones de su tierra, y un mimo que no conseguía traspasar una puerta de cristal. Pero la Estatua de la Libertad -mi

Estatua de la Libertad- seguía allí, impasible, sin mover ni una ceja, y mirándome, mirándome fijamente.

Ha sido en ese momento cuando he decidido que tenía toda la mañana por delante. Nada importante que hacer. Así que me podía quedar horas y horas, todas las que hicieran falta. Pero yo de ahí no me levantaba hasta saber cuánto tiempo era capaz de estar ella así. Al fin y al cabo, yo tenía una ventaja sobre la estatua: podía moverme a mi antojo. Lo único grave del asunto es que me había dejado el reloj encima de la mesilla de noche. Los fines de semana me niego a ponérmelo. No habría manera de controlar el paso de las horas -¿horas?-. O sí, sí habría una manera, pero en mi caso totalmente inútil. Si yo hubiera sido como muchos otros, habría ejercido de *boy scout* y a estas alturas de mi vida sabría leer la posición del sol y esas cosas. Ahora, lo único que me quedaba era la intuición.

Ha pasado tiempo, tiempo y tiempo. Ha venido un piloto de la primera guerra mundial, con sus botas altas, su casco, sus gafas protectoras y su bufanda al cuello, y, encima de todo eso, purpurina, purpurina desde el primer cabello de la cabeza hasta el último dedo del pie. Increíble. Impresionante. ¡Totalmente de oro! Pero...

... otro día me dedicaría a él, ahora no podía permitírmelo. Estaba en plena vigilancia de la Estatua de la Libertad. Por cierto, curioso verdaderamente que hubiera elegido la escenificación de la libertad, ella que tiene que someterse a un absoluto dominio del cuerpo. No puede ni levantar ni una ceja. Qué paradoja, ¿no? No sé si será por vocación o por autocontrol. Cuando la conozca, tendré que preguntárselo. No creo que lo haga por dinero. En el suelo, delante de sus pies había una lata de estaño con algunas monedas. ¡Qué animal! Llevaba allí horas aprovechándome de ella -en el mejor de los sentidos- y ni siquiera había pagado por ello. ¡A ver en los bolsillos! Tenía unos euros. ¡Adiós al refresco! Pero, total, como no podía moverme de allí, pues mejor lo empleaba en eso que era más sano. ¿Más sano?

No era mucho dinero, pero en fin...

¿Me habría parecido a mí o sería verdad? Al ver que me agachaba para meter las monedas en la lata, ¿ha sonreído irónicamente? Graciosa, vaya. He estado a punto de decirle algo, pero no. Imposible. No iba a fastidiarle el espectáculo. Tenía que ser cuando decidiera ella marcharse. No antes. Así que yo, allí, firme.

¿Cómo sería? Por no saber, era hasta incapaz de imaginarme los años que podía tener. ¿Sería guapa? No podía adivinar sus rasgos debajo de toda aquella pintura blanca. Lo único que sabía es que, si se quitaba el gorro y se bajaba del podio, se quedaba

bajita, como yo. Igual era un vejestorio, aunque... Fuerza, desde luego, sí que demostraba. Tanto tiempo con el brazo levantado. Supongo que la antorcha –puro cartón desde tan cerca- no pesará mucho, pero aun así. Concentración, concentración absoluta.

Entonces ha llegado una pequeña compañía de titiriteros, han montado el garito y esa ha sido mi perdición. ¡A mis años! Se han abierto las cortinas y por la pequeña ventanilla de madera han aparecido Caperucita, el lobo y la abuela... Me he acordado de los viejos tiempos y se me ha ido el santo al cielo...

De repente, he oído un “Gracias, guapo”, he vuelto la cabeza a la derecha y me he encontrado con que mi Estatua de la Libertad me decía adiós con la mano desde una bicicleta que pedaleaba a mil por hora, como poco. Imposible salir tras ella. Se reía, sí. Graciosilla, ya digo. Y lo del “Gracias, guapo”, ¿iría dirigido a mí? ¿Sería por los tres euros?

El domingo que viene no se me escapa. De eso puede estar segura.

He vuelto a casa con el rabo entre las piernas. Para colmo de males, ya hacía rato que se había pasado la hora de comer y Fernanda y su querida madre, la abuela Fernanda, me han echado una mala mirada. Fernanda, además, me iba a cantar las cuarenta, pero la abuela le ha dicho que no, que todavía no. Tengo bula por lo de mi padre. Piensan que estoy en crisis y, por eso, hago cosas raras. Creo que hablaron con el psicólogo del colegio y les aconsejó que me dejaran unos días a mi aire. Espero que la semana que viene siga gozando de este privilegio porque seguro que volveré bastante más tarde que hoy. La estatua no me va a dejar en ridículo. Ahora ya es cuestión de amor propio.

Esta tarde he quedado con Alejandra para ir al cine. Le he dicho que la dejaba elegir y me temo lo peor. Pero es tan buena conmigo que a veces tengo que soportar este tipo de cosas. Son los deberes de la amistad, parece ser...

Todavía tengo tiempo de escribir una nueva carta.

Querido Gabriel:

Supongo que me gusta pasear por el Retiro porque a ti también te gustaba.

Supongo que me gusta Serrat, aunque sea un setentón, porque a ti también te gustaba.

Supongo que estoy muerto de miedo, esperando el momento en el que este verano

vayamos a Palma, porque tú no estarás allí cuando lleguemos a casa de los abuelos en Deià, y desde la terraza de piedra tendré que hacer el ritual yo solo. Acodado sobre la balaustrada, aspirar el aroma del mar y, después, coger un guijarro, besarlo, tirarlo y atinar en el mar de abajo. No en las rocas: en las rocas, no. Todos los veranos desde que tengo uso de razón lo hemos hecho, y era igual que tirar una moneda en la fontana de Trevi: se volvía, se volvía seguro. Pero tú lo hiciste el verano pasado, como siempre, y atinaste, como siempre. Menuda puntería tenías... Sin embargo, este verano no volverás; no volverás.

¿Por qué?

Sí, ya sé que no me vas a contestar. Lo tienes prohibido. Me contesto yo solo: porque este mundo y esta vida son asquerosamente puñeteros, eso es.

¿Hará Fernanda el ritual conmigo? Nunca lo ha hecho hasta ahora. Pero sé que, sin embargo, lo hacía antes de que yo naciera. ¿Y después? Después, cuando el tiempo le comió las entrañas, decidió que ella debía ser la responsable de la familia. La racional. Para el asunto de los pájaros en la cabeza ya estábamos tú y yo.

Hay tantas cosas que me gustaría saber. ¿Tuviste tú algo que ver en la evolución de Fernanda? ¿Realmente cómo os llevabais entre vosotros dos?

No sé si me explico. Sé que de puertas afuera os gastabais bromas, os contabais vuestras cosas. Creo sinceramente que erais amigos, pero ¿y de puertas adentro? ¿Qué pasaba en vuestra habitación? ¿Erais de verdad una pareja?

Perdóname, perdóname si tengo estas dudas; pero es que realmente erais tan distintos que me cuesta creer que entre vosotros había amor y sexo. Lo hubo, desde luego. Yo soy la prueba más palpable, pero me concebisteis hace ya dieciséis años. Y en dieciséis años pueden cambiar muchas cosas.

Hace escasamente tres semanas erais tan distintos entre vosotros... Como el día y la noche; pero con carácter fuerte los dos, eso sí. He asistido a broncas bien gordas por eso. Tú, papá, era imposible que te ajustaras a un horario establecido. Tantos años de trabajar en casa te habían hecho así. Igual te daba comer a una hora que a otra. Igual te levantabas de madrugada que al mediodía. Todo dependía de tu estado de ánimo, tan cambiante siempre. “Es un artista”, te justificaban todos. De pequeño me mimabas exageradamente. Siempre que salías a la calle, aparecías con alguna chuchería para mí. Cuando mamá empezó a trabajar en el despacho de abogados, comenzó a venir cada vez más tarde a casa. Pero no había problemas: estabas tú para cuidarme. Fíjate lo que te voy a decir: no quiero pecar de machista –Alejandra a veces

dice que lo soy para meterse conmigo-, pero está claro que en casa –sin ni siquiera decidirlo fríamente, de una manera totalmente visceral- os intercambiasteis los papeles clásicos del hombre y la mujer. Y tampoco creo que eso sea bueno...

Yo me hice uña y carne contigo; pero dicen que un niño necesita a su madre, y yo no la tuve. Mi madre trabajaba duramente y traía el pan al hogar. Y a veces, si me apuras, traía también los casos de violaciones y asesinatos. Ella era la dura, la encargada de darme la regañina después de que tú le contaras lo que yo había hecho mal. Tú venías luego a consolarme a la cama, me enjugabas las lágrimas, me hacías cosquillas y acabábamos los dos muertos de la risa. Siempre igual. Ahora tú –mi padre/madre- te has ido y yo no sé de qué hablar con ella –mi madre/padre-. De verdad que no lo sé. Me has dejado abandonado a mi triste suerte... Aunque mucho más abandonado estás tú, tienes razón.

Yo creo que hace dieciséis años Fernanda debía de ser distinta. Todavía no había empezado a trabajar en el despacho y tenía todo el tiempo del mundo. Os imagino en verano, trabajando duro en el velero sobre el transparente mar mallorquín. Ese velero que solo conozco de foto, porque se os ocurrió la brillante idea de venderlo cuando yo tenía apenas unos meses. Ella con un bañador azul y gafas de sol, y tú, sonriente y despeinado. Por cierto, ¿quién os hizo esa foto? El abuelo, supongo. ¿O, quizá, Pere?

Pero ¿qué pasó para que Fernanda diera tal giro al rumbo de su vida? ¿Solo el hecho de que yo naciera, nada más? No sé, no puedo creerlo.

Besos, papá, y perdóname de nuevo si a veces te digo cosas que te duelen. Lo que menos deseo es hacerte daño, te lo juro. Pero mi cabeza es un caos, un caos por el que pasan mil ideas sin orden ni concierto. Te fuiste sin que me diera tiempo a prepararme. Te marchaste sin ni siquiera despedirte y dejaste en el aire un montón de preguntas que, quizá, nunca tengan respuesta.

¿Voy a poder vivir sin todas esas soluciones?

Chao.

Gabriel

Son las doce de la noche. Acabo de dejar a Alejandra en su portal. Me ha dicho que me quiere, así, tal cual. Estas americanas son más lanzadas que los hombres, está claro.

Hemos ido a los cines Ideal, hemos visto *Call me by your name* y la chica se ha puesto sentimental.

En fin...

He salido como he podido del asunto. Le he dicho que es mi mejor amiga, creo que es incluso mi mejor amigo –y no sé si ha entendido el significado de esas palabras-. Sí la quiero, pero no la amo. Y son cosas distintas, ¿no?

Me parece que ha influido la película y también que, antes de entrar en el cine, mientras estábamos en la cola, se me ha ocurrido contarle lo de la Estatua de la Libertad. No sé qué se ha creído. Seguramente que yo iba detrás de la estatua por su físico. ¡Si ni siquiera sé cómo es! El caso es que habrá pensado que había competencia y ha querido adelantarse. Es lo de siempre: el lío morrocotudo que nos formamos las personas con las palabras. Parece que dialogar es lo más fácil de este mundo y, sin embargo, no lo es. Uno dice algo y el otro –el receptor del mensaje, como estudiamos en lengua- capta justo lo contrario. Interferencias externas no ha habido, pero internas en la cabeza de Alejandra debe de haber unas cuantas. No sé qué le he podido decir yo en un momento dado para que ella pensara que yo deseaba salir con ella, o no sé qué he podido decir yo con respecto a la Estatua de la Libertad para que Alejandra creyera que yo deseaba salir con la estatua. ¡Menudo lío!

El caso es que después del cine hemos ido a un McDonalds, a comernos una hamburguesa doble, y mientras estábamos hincándole el diente, me ha soltado lo de que me quiere. Romántico, ¿no?

He intentado ser bastante tierno, sin pasarme; pero he intentado también dejar las cosas claras. Creo que al final se ha enfadado o, por lo menos, se ha molestado. Desde luego, en ese momento no sonreía lo más mínimo. Veremos la cara que pone mañana en el colegio.

Es lo que me faltaba precisamente ahora: otro quebradero de cabeza más.

No te enfades, Alejandra, que seguramente eres de lo mejor que ha pasado por mi vida. Buenas noches, Álex, ¡Mujer!

Querido Gabriel:

Estos últimos días estoy pensando mucho en el Parque del Retiro. Supongo que ando deseoso de que llegue el domingo para atrapar a la Libertad. No se me va a escapar, te lo aseguro. No, no te extrañe. No es solo una metáfora. Es alguien de carne y hueso. Se pasa las horas allí, estática. Igual la viste alguna vez.

Pero lo que yo quería contarte era otra cosa. Hoy he ido a dar una vuelta a la salida del colegio. He entrado por la puerta de América y me he cruzado con Antonio. ¿Te acuerdas, papá, de cuando íbamos a comprarle chucherías a su tienda? Yo debía de tener unos siete años, pero me acuerdo perfectamente. Íbamos porque tú habías ido de pequeño con el abuelo, antes de que se jubilara y volviera a sus tierras mallorquinas. A ti te hacía ilusión, mucho más que a mí. Hablabas con Antonio, comentabais cosas de otros chicos del barrio. Yo era muy tímido y me limitaba a quedarme detrás de ti y escuchar. Después, Antonio me daba un chupachup de melón y un chicle de fresa, siempre igual.

Hoy he estado a punto de pararlo para decirle que te habías marchado, pero al final lo he dejado por inútil. Yo he crecido, hace muchos años que no hablo con él. Tendría que haberle dado tu nombre y, sobre todo, haberle despejado incógnitas, darle pautas para que comprendiera de quién estaba hablando. Todo ese esfuerzo simplemente para que hoy él fuera un poco más feliz. Innecesario, ¿no? He hecho bien, ¿verdad?

¿Sabes, papá? Me haces falta; te necesito, sí. Tal vez si aún estuvieras aquí, comenzaría ahora una etapa interesante, esa en la que los hijos y los padres hablan “de hombre a hombre”, como dicen en las películas americanas. De todas formas, puede que eso de hablar de hombre a hombre sea simplemente una cosa de película. Algo que nos parece perfectamente posible en el cine, pero que nunca existe en la realidad. O puede también que sí exista, pero sea solamente en América. Quizá allí son más grandilocuentes que aquí. O más comunicadores. ¡Qué lío!

El caso es que no lo sabré nunca, no tendré la oportunidad de averiguarlo porque tú no estarás aquí. No sabré jamás si nuestra relación, tan de chiste fácil, tan de bromas, tan de puñetazos dados con ternura, habría pasado a ser con los años –y estábamos ya en la época de la transición- otro tipo de relación mucho más madura,

más de igual a igual, más de compañeros. Tú podrías haberme aconsejado sobre muchas cosas.

Precisamente ahora necesito tus consejos: ¿Qué hago con Alejandra? Hoy me ha ignorado absolutamente. ¿Sabes por qué? Le di calabazas... ¡Ya ves! Si llegara a contárselo a Roberto, se reiría de mí. Y me miraría con esa cara con la que me mira a veces cuando se le ocurre pensar que en mí hay algo que no marcha del todo bien.

¿Qué hago con la estatua? ¿Es una locura total ir el domingo al Retiro de nuevo, sentarme en el respaldo del banco y no dejarla ni a sol ni a sombra?

Y, sobre todo, ¿qué hago con Fernanda?

Me temo que de este último tema –el más importante para mí, para qué vamos a engañarnos-, de este precisamente no íbamos a hablar nunca de hombre a hombre. Intocable.

Sí, sé que ese no es el pacto que habíamos hecho al principio. Al principio del diario, te dije que iba a escribir para fijar recuerdos, más para mí que para ti; que no esperaba respuestas. Y, sin embargo, ahora no hago más que preguntas. Debe de ser cuestión de puro masoquismo. Pero ya te lo he dicho antes: te echo de menos, me haces falta. Justo ahora que no estás, empiezo a necesitar tus respuestas.

Sin embargo, ahora que me doy cuenta: tal vez sí que me estés contestando. Lo que ocurre es que estás tan lejos, tan lejos, que yo soy incapaz de oírte. Está claro, eso tiene que ser. Me es imposible escucharte. Pero, no lo dudes, la culpa es mía. No tuya. Tuya, desde luego que no.

Así que, ahora que ya hay otra cosa clara entre los dos, sigamos con la terapia. Busquemos una nueva foto.

Voy en cochecito. Un cochecito de cuadros escoceses. Llevo una chaqueta de lana azul. Se abrocha con tres pompones. Voy peinado a lo Napoleón, por supuesto. Fernanda se pasó mis primeros años peinándome así. Tenía poco pelo, pero el poco que tenía lo llevaba hacia delante, peinado en un flequillo ladeado. Se me ve la cara redonda y una sonrisa.

A mi izquierda, mamá; a mi derecha, tú, y a tu lado, la abuela mallorquina. Estamos en pleno Paseo de Coches del Retiro. Al fondo se ven algunas casetas de la Feria del Libro. La foto me gusta: vosotros dos estáis jóvenes, la abuela lleva un traje ibicenco y yo me hago gracia a mí mismo, para qué nos vamos a engañar. Pero no la he elegido solo por eso. No, qué va. Es también la muestra de una tradición más. Me estoy dando cuenta de que en casa hemos estado muy apegados a las costumbres, que

tenemos unos hábitos –rituales casi, como el del guijarro tirado al mar- que se repiten durante años y años. Pues esta foto es precisamente el ejemplo de otro ritual. Desde que tengo uso de razón –salvo este año- los abuelos han venido a pasar unos días de junio con nosotros. Siempre han aprovechado para ver a los amigos y para ir a la Feria del Libro. Aquel año, el del cochecito de cuadros escoceses, fuimos todos juntos, yo por primera vez. Y en la mano tengo un libro grueso, de hojas de cartón. Lo recuerdo perfectamente, y no solo por haberlo visto en esa foto, sino porque durante años estuvo en la librería de mi habitación. Era la historia de un pobre pato que salía de su casa para ir a la playa y volvía por la noche sin haberla encontrado. Ahora que me doy cuenta, y dada mi edad, debía de ser casi de terror y, sin embargo, a mí me encantaba. Lo dicho, totalmente masoquista. Pero estoy desviándome...

Yo te hablaba del ritual de la Feria del Libro. Siempre he ido contigo: siempre, contigo y alguien más –los abuelos, mamá, tu amigo Pedro...-, o tú y yo a solas. Y esos han sido los años mejores. Hemos paseado comentando libros; también a veces alejados uno del otro, con unas cuantas casetas por en medio, para juntarnos de nuevo y volver a las andadas. Y, al final, nos hemos sentado en uno de los quioscos a tomarnos un refresco y mirar papeles y papeles: catálogos, revistas, separadores... Unos para tirar y otros para guardar.

Este año todo ha sido distinto. Los abuelos vinieron antes de tiempo, cuando pasó lo que pasó, supongo que no van a venir tan pronto de nuevo. Y si lo hacen, no creo que estén para ferias.

La Feria del Libro todavía sigue en el Retiro, pero yo no he ido a verla y no creo, honestamente, que lo haga. Sin embargo, el año que viene volveré; te lo aseguro. No, no te asustes. Lo que ha pasado no va a hacer que me olvide de los libros, te lo prometo.

Un abrazo, papá.

Gabriel

He soñado de nuevo lo mismo. Lo sueño muchas veces y siempre es igual. Voy en barca. Atravieso unas aguas pantanosas, son espesas y me cuesta avanzar. Todo es verde, exuberantemente verde, Está claro que no es el mar. Debe de ser un río y a ambas orillas hay árboles, árboles frondosísimos. Es bonito y, sin embargo, yo no soy feliz.

Me cuesta avanzar. El agua tiene una capa de moho y la barca la corta poco a poco con su proa. El moho se va quedando adherido al casco. Todo ocurre muy despacio, casi a cámara lenta. En el sueño no hay nadie más que yo: ni amigos, ni Alejandra, ni Gabriel I, ni Fernanda, ni desconocidos. Nadie. Pero no me preocupa. Lo único que deseo es avanzar, avanzar. Apenas hay sonidos, solo el chapoteo del agua. Suave, muy suave. Lo demás es silencio...

No sé qué significa, pero llevo mucho tiempo soñándolo. Empecé ya antes de que papá se marchara. ¿Va a acompañarme este sueño por el resto de mis días? ¿Tendré que ir a un psiquiatra?

¡Bah!

De momento, a donde me voy es al colegio.

Llevo días sin escribir. Todo es gris. Alejandra huye de mí y yo me he cansado de ir a su encuentro. Supongo que este es solo un enorme paréntesis. Pero duele.

Desayuno, como, ceno. Desayuno, como, ceno. Y vuelta a empezar. Siempre lo mismo.

Fernanda está en frente, en las comidas digo. Desayuna, come y cena. Desayuna, come y cena. Y vuelta a empezar. Siempre igual. A veces, llama para decirme que no tiene tiempo de venir a comer. Entonces, durante esas conversaciones telefónicas, es cuando más hablo con ella. Por las noches me pregunta por el colegio; yo le pregunto a ella por el trabajo. La respuesta es en ambos casos la misma: “Bien”. Y, sin embargo, no creo que sea la verdad. O, por lo menos, no creo que sea toda la verdad. Su trabajo puede que vaya bien, mis estudios supongo que no. Dejé de estudiar cuando papá se marchó, ya lo dije. Ahora el curso está prácticamente acabado y mañana nos dan las notas. Suelo ser un buen estudiante, no tengo demasiados problemas para sacar curso por curso. Pero ¿qué habrá pasado al final? Es la primera vez en la vida que tengo miedo de las calificaciones. ¿Cómo me presentaré ante Fernanda?

Pues no ha pasado nada. Hasta eso ha sido gris. En las notas hay mucho suficiente, pero ni un solo suspenso. Cuando ya me iba a marchar, la tutora me ha dicho que me quedara, que quería hablar un momento conmigo. Roberto, muy discreto él, ha murmurado que me esperaba fuera, y yo me he quedado dispuesto a aguantar el chaparrón. Pero no. Marga me ha dicho que mis últimos exámenes habían sido bastante flojos, pero que todos lo comprendían. ¿Qué es lo que comprenden? Que yo haya dejado de estudiar las asignaturas para ponerme a estudiar los asuntos de mi vida... De eso no tienen ni idea. He estado a punto de contárselo; pero, por prudencia, me he callado. Mucho mejor. Ella ha seguido diciendo que bastante disgusto he pasado como para que ahora las cosas se me compliquen más todavía. Así que el claustro ha decidido aprobarme –porque me conocen desde hace años y saben de lo que yo soy capaz-, convencidos de que el curso que viene todo irá mejor. Vamos, que me han hecho un favor, porque merecérme lo no me lo merezco en absoluto. Y nada más, adiós muy buenas, que intente pasármelo lo mejor posible en vacaciones y que ayude mucho a mi

madre. Lo dicho, gris total. Así, ni siquiera he tenido una buena excusa para provocar que mi madre –a la que tanto tengo que ayudar- y yo nos tiremos los platos a la cabeza de una buena vez.

Y, a partir de este momento, ¿a qué voy a dedicar mis días? Roberto se marcha ya a la playa. De todas formas, no voy a echarlo de menos. De Alejandra ni siquiera me he despedido. De todas formas, voy a echarla de menos.

Lo único bueno de las vacaciones: que puedo ir todos los días a la piscina. Lo malo: que hay tanta gente, que no se puede nadar a gusto.

¿Qué me queda?

El Retiro.

Los libros.

Mi diario.

Y las cartas de Gabriel.

Nada más.

Querido Gabriel:

Hoy no es una foto solo. Son muchas. Casi setenta. Viaje a Roma. No hace demasiado tiempo y qué diferente todo.

Nunca había viajado al extranjero con vosotros. Pero decidisteis que había llegado el momento y me disteis una sorpresa. Pasamos ocho días en Roma y fue estupendo, la verdad. Nos fuimos nada más acabar el colegio. Mamá se cogió unos días a cuenta del mes de vacaciones. Yo había pasado varios veranos en Irlanda y vosotros, por vuestra parte, hacía ya bastante que no viajabais juntos. ¿Por qué? Antes sí, cuando yo era pequeño, me mandabais una semana a casa de la abuela Fernanda y aprovechabais para ir a algún sitio. Creo que un año fuisteis a Grecia y otro a Escocia, me parece. Pero ¿luego?

Luego estuve mucho tiempo sin ir a casa de la abuela Fernanda y vosotros sin ir de viaje. Sin embargo, hace dos veranos nos fuimos a Roma los tres.

Roma es verdaderamente impresionante. Aquí estamos delante del Coliseo en plan familia feliz. La foto la hizo una italiana guapísima que pasaba por allí. Debía de ser de las pocas personas que quedaban en la ciudad, que estaba repleta de españoles, de japoneses y de americanas con pantalón corto y pamelas de colores.

¡Ah! Esta es la puerta de la Trattoria Pino. Nos zampamos una pizza Calzona cada uno y estaba tan buena que decidimos immortalizar el momento. Immortalizar... qué ironía.

El jardín de Villa Borghese... Era todo tan distinguido. Había gente que se paseaba a caballo por allí. ¡Casi nada!

¿Y el Vaticano? Iba avisado, papá. Me habías dicho que era desmesuradamente grande. Y, a pesar de tu aviso, me quedé alucinado y me pareció excesivo. Y me gustó que justo cuando alcanzamos el Baldaquino de Bernini, me hablaras del prerrománico asturiano y de las iglesias románicas de Cataluña. Como el día y la noche, dijiste.

Pero me habría pasado horas delante de la Piedad, eso sí. Y horas en la Capilla Sixtina, toda una explosión de colores.

Y horas en Tre Scalini de Piazza Navona, donde nos metimos entre pecho y espalda el Tartufo mejor que he comido en mi vida.

¡Qué lujo! Aquel capuchino que nos supo a gloria en el Caffè Greco de via Condotti, donde nos pasamos horas mirando escaparates. Y ¡qué asco! La iglesia de los Capuchinos, con sus capillas subterráneas cubiertas de huesos y calaveras. Y eso, en plena via Veneto.

Pero ahora que miro y remiro, me doy cuenta de una cosa. Fernanda, tan fotogénica ella, estaba triste. No salió bien en ninguna de las fotos. Tiene, en todas ellas, la mirada melancólica. ¿Por qué, papá?

La verdad es que soy yo el único que en todas ríe a carcajadas.

Me miro a mí mismo y me veo pequeño. Han pasado dos años solo y, sin embargo, está tan lejos. En el tiempo y en el espacio...

Qué diferente todo.

Papá, te extraño. Nunca me había dado cuenta de que sabía tantos sinónimos para “echar de menos”. Y la verdad es que extraño también a mi madre, una madre al uso, quizá no tan intelectual, pero mucho más tierna. Con la que no estuviera pensando siempre en lo que debo y no debo decir. Si me pudieras enseñar a quererla... Pero ahora ya es tarde. Tendrías que haber empezado hace muchos años.

No, no es un reproche. Perdona, e intenta ser feliz donde quiera que estés.

Gabriel

Por fin es domingo de nuevo. Y esta vez no se me escapa. Me voy corriendo.

Ha sido curioso. Creo que es el mejor adjetivo para expresar lo sucedido. Cuando he llegado, no estaba allí y eso me ha hecho infundir esperanzas. “Cuando venga y antes de que se coloque, voy a abordarla”, me he dicho a mí mismo. Pero la verdad es que, por más que he esperado –y esta vez con el reloj puesto-, no ha aparecido por allí. Ya me estaba poniendo de mal humor. Mira que si justo hoy se le había ocurrido no venir al Retiro.

De pronto se me ha encendido una luz en el cerebro. “¿Por qué va a colocarse siempre en el mismo lugar?” Podía haber cambiado. Porque sí, sin más. O para ponérmelo un poco más difícil, tal vez.

Así que me he ido a dar una vuelta y, por fin, la he encontrado delante del Palacio de Cristal. Dentro hay una exposición de Miquel Barceló. He estado a punto de entrar a verla. Papá, con eso de que es mallorquín, estaba muy al corriente de su pintura. Pero no podía arriesgarme. ¿Y si la perdía de nuevo?

He optado por sentarme en el suelo. No había bancos a la vista. Sus ojos se han fijado en mí y ha sonreído. ¿Como Alejandra?

Y ha seguido impertérrita, por los siglos de los siglos. Y yo, impertérito, por los siglos de los siglos.

Llevaba un billete de cinco euros en el bolsillo y se lo he dado. Creo que me he pasado, porque ella ha vuelto a clavar los ojos en mí. Estaba claro que hoy no tenía tanto autocontrol. La encontraba distraída. Por nada me miraba. Y de repente...

-¡No aguanto más!

En ese momento a su alrededor no había nadie más que yo. Supongo que por eso ha optado por el desplante.

Me ha mirado con actitud interrogativa. Era una mirada que exigía respuesta. Pero yo he preferido preguntar también:

-¿Qué te pasa?

-¡Que qué me pasa! Pues que no sé si quieres jorobar o qué. ¿A qué has venido?

-Pues a verte. Me parece que está bastante claro.

-¿Por qué? –ha tirado la antorcha al suelo, se ha quitado el gorro de pinchos y se ha bajado muy resuelta del pequeño podio, tanto que por un momento he creído que iba a pegarme una sonora bofetada. Pero no. Se ha acercado a la mochila que tenía a la sombra de un árbol, ha metido en ella las manos, ha sacado un poco de algodón y un espejo diminuto, y ha empezado a desmaquillarse la cara-. Te he hecho una pregunta...

-Sí, claro. Pero es que no sé qué responderte. Verás, no sé, el otro día me gustó verte ahí, tan pequeña –el adjetivo no le ha gustado, lo he visto en su mirada- y disfrazada de Estatua de la Libertad. Me gustó el dominio que tenías de ti misma –eso sí le ha gustado- y tu mirada irónica –ha vuelto a ponerla, la mirada irónica me refiero-. Me entraron ganas de conversar contigo, pero no podía distraerte y...

-Ah, genial. No podías distraerme, pero lo hiciste. Y hoy voy y me busco otro lugar para que no vengas a jorobarme el espectáculo y vas tú y apareces de nuevo y se me acaba el dominio ese que dices que tengo. Y ahora, ¿qué hago? ¿Te crees que tengo un chulo que me regala el dinero?

-Bueno, perdona, yo... te de dado un billete de cinco.

-Ah, estupendo. ¡Cinco euros! Y con un billete de cinco y un euro que tenía de antes me pago un comida en el Ritz, ¡no te digo!

-No, en fin, yo no...

-¿Qué? ¿Me quieres decir algo? Porque si no te aclaras, no te entiendo para nada.

-No, solo que no quería fastidiarte, vaya.

-Pues no querías, pero lo has hecho. Así que emigro; sí, no me mires así, me las piro. Me voy con la música a otra parte.

Iba ya a montarse en la bici, que también estaba apoyada al árbol, cuando se me ha ocurrido una frase triunfal, de esas cosas más que le gustan –perdón, le gustaban- a Alejandra:

-Tú, que haces de Estatua de la Libertad, ¿la has alcanzado?

-¿Qué?

-La libertad, digo.

-Sí, ya sé, ya sé que dices la libertad –ha puesto una mirada todavía más irónica, que ha hecho que me sintiera absolutamente desnudo. Me he dado cuenta en el acto de que había metido la pata hasta el fondo, que había sido una estupidez tremenda la que acababa de decir. Pretencioso a tope, tanto que ella me miraba ahora con la mosca tras

la oreja, comprendiendo por momentos lo crío que yo era. Me había descubierto yo solito.

-¿Cuántos años tienes? –me ha preguntado.

¡Lo que faltaba!

-Diecisiete -¿colaría?-. ¿Y tú?

-Veintitrés y... ¿sabes qué te digo? Que hoy por hoy se acabó la jornada. La pregunta que me has hecho tiene tela. Necesitaré tiempo para contestarla. Tengo seis euros. Te invito a una caña –se ha quitado la túnica blanca y debajo han aparecido un pantalón corto y una camiseta negra-. Por cierto, puedes llamarme Libertad.

-¿Libertad?

-Libertad. Para ti, Libertad. ¿Y tú?

-Yo, yo me llamo Gabriel –no se me ha ocurrido otra cosa mejor.

-Vaya, nombre de arcángel... Es normal que tengas cara de ángel.

Me he puesto como un tomate. Sin remedio.

Nos hemos sentado en uno de esos quioscos cuyas mesas dan sobre el estanque. A la sombra. Se estaba bien. Y el poco dinero que tenía se lo ha gastado en mí, porque son unos careros de tomo y lomo, en fin... Pese a todo, ha valido la pena, por lo menos para mí.

Libertad vive con una amiga, en un piso de Malasaña. Vive de lo que gana con la cosa de la estatua, ni más ni menos. Y sueña con ahorrar para hacer un curso de arte dramático. Dice que es muy fácil estar callada, pero que hablar ya es otra cuestión. Sus padres viven en Toledo y ella, a los dieciocho, se vino a Madrid. Me ha contado que en maquillaje se gasta una pasta y que es una suerte tener la bici para ir de un sitio a otro. La compró de tercera mano, me ha dicho. Donde más trabaja es en el Retiro. Pero a veces se harta y se va a otros lugares: al paseo de Recoletos o a la entrada del Reina Sofía.

-Y eso me recuerda que todavía no te he contestado. Sí la he alcanzado; sí la tengo –ha continuado Libertad.

-Pero...

-Sí, la libertad. Vine de Toledo para eso, y gracias a Piluca, mi amiga, tengo una cama donde dormir. Pero voy y vengo, y hago lo que quiero. A veces estoy y a veces no estoy. Si me canso de aquí, me voy a otro sitio. Una vez fui a París. Me colé en un tren, me enrollé con un francés que me escondió en su compartimento y no se enteró nadie. Pero allí hacía frío. No escogí buena época, ¿sabes? El caso es que no tengo que darle

explicaciones a nadie, si no quiero... Porque a ti te estoy dando muchas, demasiadas, Gabriel del que nada sé.

He creído entender que ese era el punto y final, que ahora empezaba mi turno. Y me he inventado un montón de cosas porque me han parecido infantiles las verdaderas. No, no podía decirle que estaba en tercero de ESO, que Alejandra no me hablaba, que me gustaba nadar, que de mayor -¡de mayor!- quería dirigir películas y que estaba pasando una crisis porque mi padre me había dejado plantado. No, no podía. No podía decirle que me encantaría ser amigo de mi madre, pero que no sabía por dónde empezar. No podía decirle que a mí lo de la libertad en este momento me importaba un rábano, porque precisamente lo que yo quería no era ser libre sino encontrar raíces. Aunque, ahora que lo pienso, a lo mejor tengo que encontrar mis raíces para poder sentirme verdaderamente libre, no lo sé.

Así que le he contado que andaba mal con mis padres, que vivía cerca –eso sí- y que me gustaba el cine, y que por eso observaba el mundo siempre que podía. Al fin y al cabo, también es verdad.

De repente ha dicho que se le hacía tarde, que quería dar una vuelta por la Plaza Mayor antes de comer. Me ha plantado un beso en la mejilla, se ha montado en la bici y ha soltado su habitual “Gracias, guapo”.

Solo me ha dado tiempo a preguntarle:

-Gracias, ¿por qué?

-Por hacerme recordar que soy Libertad, cara de ángel.

Y enseguida ha salido volando.

¿Dónde estará el domingo que viene?

No lo sé.

Querido Gabriel:

Por fin la he conocido, a la estatua digo. Dice que se llama Libertad. Puede ser. De todas formas, el nombre no es importante. Sé que somos amigos, o, mejor dicho, sé que soy amigo de la Estatua de la Libertad, aunque quizá no vuelva a verla nunca más. ¿Qué expresión utilizabas tú? Ah, sí, decías que a veces se establecía una química especial entre las personas. Bueno, pues sí. Ha existido esa química, ni más ni menos.

¿Sabes lo que más me interesa de todo esto? Es una postura egoísta, lo sé; pero... Creo que se ha producido en el momento justo. Todo era gris, todo era

absolutamente aburrido, ahora que tú te has marchado, ahora que Alejandra no está. Y, de pronto, aparece Libertad para alegrarme la existencia. Bueno, pues de acuerdo. Tengo una semana por delante. Y el domingo, ¡ya veremos! Una semana para pensar y, sobre todo, para imaginar.

¿Que si me gusta?

No lo sé. No, de verdad. Está hecha a mi medida, desde luego. Quiero decir que también es bajita como yo. Cuando se ha quitado el gorro, me he dado cuenta de que llevaba el pelo negro muy cortito, cortado casi a cepillo. Sus ojos me dan un poco de miedo, miran muy de frente, demasiado. Ah, se me olvidaba decirte que tiene ocho años más que yo.

Le da mucha importancia a la libertad. Contigo nunca hablé de la libertad, padre. ¿Qué pensabas tú? ¿Te sentías libre? Seguramente. ¿A pesar de nosotros? De Fernanda y de mí, digo. O ¿gracias a nosotros? O quizá te fuiste precisamente por eso, ¿porque no te sentías libre?

¿Te das cuenta? No sé nada de nada, absolutamente nada de lo que pasó. Y me atañe, vaya que si me atañe.

Padre, si por lo menos hubieras estado enfermo... Eso me habría aliviado tanto. Pero no, ni eso. Fue lo primero que le pregunté a Fernanda aquel maldito día cuando llegué del colegio. Y ella me dijo que no, que no, que no tenías ninguna enfermedad incurable. Tuve que convencerme de que llevaba razón. Pedro es médico y tu mejor amigo. Él, desde luego, lo habría sabido.

Ya ves, no me quedó ni esa salida.

Una cosa tengo que agradecerte, Gabriel I, que eligieras un lugar apartado, tan lejano a nosotros, tan distinto a todo lo nuestro. Eso nos lo ha hecho algo más fácil. Elegiste el mar, pero no nuestro mar de Deià. Gracias. No habría podido soportar que alguno de nuestros sitios queridos quedara marcado para siempre.

Una mañana cogiste el coche y te fuiste lejos. Sin despedidas, sin cartas, sin explicaciones, Nunca más te volvimos a ver.

Tal vez alguna vez vaya a ese lugar. No sé si quiero o no hacerlo. Pero si lo hago, no debo sentirlo como el lugar de tu partida. Las aguas que van y vienen nunca son las mismas. ¿Seré capaz? Y, después, ¿seré algo más sabio?

Quizá...

Te quiero, padre. A pesar de que no contaras conmigo; ni con Fernanda, por supuesto. No, no te preocupes. Ya he dejado de guardarte rencor.

Besos.

Gabriel

Las vacaciones siguen su curso y yo me limito a dejarme llevar. No proyecto nada de antemano. Camino y camino por la ciudad y, de repente, me encuentro en los sitios más insospechados. Llego a casa exhausto. Me niego a coger un autobús o el metro.

Ayer por la tarde me acerqué a la cuesta Moyano. No ando bien de dinero, pero no pude resistir la tentación y me puse a hojear libros. Encontré uno realmente curioso. *El jardinero* de Rabindranath Tagore en ¡italiano! Pero lo verdaderamente sorprendente fue la dedicatoria, escrita a pluma y con letra chiquitita: “Per Gabriele, tanto tempo perduto”. “Para Gabriel, tanto tiempo perdido”, supongo. Me hizo gracia y tuve que llevármelo. Puedo leerlo comparándolo con el que papá tenía en castellano. ¡A lo mejor hasta aprendo el idioma! Pero ¿quién sería ese tal Gabriel, tanto tiempo perdido? La dedicatoria tiene fecha de 1915. ¡1915 nada menos! Alguien con mi mismo nombre, alguien ahora ya muerto y, que, por tanto, nunca conoceré. Extraño...

No lo sabré jamás... Pero ya siempre este *Giardiniere* reposará sobre la mesilla, al lado de mi cama.

Ahora que tengo tanto tiempo libre, he decidido leer *Cien años de soledad*. Era uno de los libros preferidos de papá. Al sacarlo de la librería, un papel que estaba entre sus páginas se ha caído al suelo. Es un árbol genealógico de los Buendía. Me ha chocado encontrarme así, tan de repente y sin preparación previa, con la letra tan perfecta de papá. De nuevo, me ha desbrozado el camino. Así la lectura será mucho más fácil, seguro.

Es de noche. Hemos terminado de cenar ahora mismo. Mi madre está en la cocina. Acabo de tomar tres decisiones importantes:

1. No puedo pasarme el día vagando por las calles o leyendo tumbado en la cama. Desde mañana, empiezo a ir a la piscina.
2. No puedo pasarme el día sin hablar con nadie. Pasado mañana –por aquello de no hacerlo todo de golpe- voy a casa de Alejandra.
3. No puedo pasarme las horas mirando a mi madre y en silencio. Pasado mañana no, al otro, hablo definitivamente con ella. ¿De qué? De todo.

Buenas noches.

Jueves: fui a la piscina. Genial. Me hice diez largos sin parar. A toda velocidad. Fue una lucha contra el agua, y gané yo. Después, me tumbé sobre la hierba y me puse a leer como un poseso. Cuando me quise dar cuenta ya era casi la hora de comer. No pude resistir la tentación de tirarme de nuevo al agua. Esta vez fueron cinco largos. No está mal. Me metí en el vestuario chorreando agua todavía.

Viernes: fui a la piscina. Me hice ocho largos. No tenía que probarme nada. Con calma, tranquilo. Me sentía totalmente relajado. Leí mientras me zampaba una bolsa de patatas.

Por la tarde fui a casa de Alejandra. En directo. Sin llamar. No estaba, normal. Por la noche la llamé por teléfono. Tardó más de la cuenta, pero se puso. Le propuse salir esta tarde. Dejarnos llevar y charlar. Dudó, pero finalmente aceptó. Veremos qué pasa.

Sábado: he ido a la piscina. Mientras nadaba, he conseguido olvidarme del asunto de hablar con Fernanda. Ha sido el único momento del día en el que no he pensado en ello. Después, no he podido concentrarme en el libro. No ha habido forma. Me liaba con los Aurelianos, a pesar del árbol genealógico.

Son las siete de la tarde. Voy a recoger a Alejandra. Supongo que volveré tarde. Está claro que no cumpliré mi tercera decisión.

Es muy tarde. Pero no puedo esperar a mañana. Tengo que escribir. Con Alejandra todo ha ido bien. Al principio ella estaba algo seria. Pero yo he hablado, he hablado mucho. Le he preguntado por su vida desde que habíamos dejado de vernos, le he dicho que voy todos los días a la piscina y que si me quiere acompañar alguna vez. Le he contado que quiero hablar con mi madre y que no sé por dónde empezar. La he invitado a una coca-cola y, por fin, ha empezado a sonreír y ha vuelto a ser la Alejandra de siempre. Me ha dicho que, si quiero hablar con Fernanda, simplemente lo haga, sin más, sin darle más vueltas; así de fácil. “¡Haslo!”, ha sido su imperativo meloso.

De lo que ocurrió aquel día entre nosotros no hemos hablado nada. ¿Está borrado, Álex? No, creo que todavía no. O, por lo menos, no de del todo.

Pero he vuelto a casa de buen humor. Me sentía ágil, con ganas de saltar. Así que me he subido los cuatro pisos andando. Nada de ascensores. Alejandra decía que hablara, así que iba a hacerlo.

¡Como si fuera tan fácil!

Me he encontrado a Fernanda en la cama. Dice que tiene dolor de cabeza. Pero no se necesita ser muy listo para descubrir que ha llorado.

¿Llorar, ella?

¡Vaya!

Me he hecho un sándwich de jamón y queso, y aquí estoy.

¿Mañana tal vez? Quizá por la tarde. Por la mañana no tengo tiempo. He de ir al encuentro de Libertad. Por cierto, eso ha sido lo único que no le he contado a Alejandra.

En fin... Algo he hablado con Fernanda y ha sido antes de ir al Retiro. Después ha venido lo otro, lo del intercambio. Pero vamos por partes. Empecemos por el principio.

A la hora de desayunar, mi madre ya estaba en plenas facultades de nuevo. Como siempre, leía el periódico. Pero, de pronto, ha alzado la vista, me ha mirado a los ojos y me ha preguntado:

-¿Qué tal te lo pasaste ayer, Gabriel?

¡Increíble! He intentado seguirle la corriente. Si ella hacía un esfuerzo –e indudablemente era un esfuerzo- para abrirse, yo también iba a probar.

-Bien. Estuve con Alejandra.

-Ah. Es de tu clase, ¿no?

Papá lo sabía, sabía quién era Alejandra perfectamente. A él no le habría tenido que recordar nada, pero... Fernanda es –así, en presente- Fernanda, y Gabriel era –así, en pasado- Gabriel. Ni más ni menos.

-Sí, estuvimos en una terraza, tomando un refresco.

-Muy bien. Gabriel, quiero hablar contigo

Ahora resultaba que era ella la que quería hablar conmigo. Y no al revés.

-Gabriel, ¿me escuchas?

-Sí, perdona, mamá.

-Quería preguntarte... quería preguntarte si este verano también quieres ir a Deià.

-¡Claro que quiero! –inmediatamente me he arrepentido. Creo que he sido demasiado brusco. Pero ¿cómo no voy a querer?

-No. No me interpretes mal. Por supuesto, no tengo nada en contra. Los abuelos estarán encantados y mucho más acompañados. He pensado que tal vez sea mejor que vayas tú solo. Yo... Puedes ir en cuanto quieras, los abuelos están de acuerdo. Eso es lo que quería decirte.

-¿Por qué no quieres ir tú?

En el mismo momento de decirlo se me ha ocurrido que a lo mejor no era cuestión de querer o no querer. Que a lo mejor había tenido alguna trifulca con los abuelos. Así que he intentado arreglarlo:

-O quizá los abuelos no...

¡No! Los abuelos no tienen nada en contra –mamá ha bajado el tono de voz.

Ahora parecía una niña vergonzosa-. He pensado que a lo mejor tú preferirías estar solo.

En Deià tu padre y tú hacíais muchas cosas juntos: ibais a bucear, paseabais. Y yo... he creído que no... No quiero interferirme en tus recuerdos, Gabriel, la verdad.

-Pero, mamá, por favor. Yo quiero que vengas. Tú también tienes recuerdos en Deià; un montón de buenos recuerdos, creo.

-Sí, es cierto: un montón de buenos recuerdos. Pero otros tristes, te lo aseguro.

Sin embargo, si tú quieres, iré.

-Claro que quiero, mamá.

Y ya puestos en las confianzas, me he lanzado:

-¿Qué te pasaba ayer?

-Nada. Tenía un día malo. Nada más.

-Mamá...

-¿Sí?

-¿Estás enfadada con papá?

La pregunta la ha dejado bastante perpleja, desde luego.

-¿Enfadada? No. ¿Por qué?

-Él te... nos abandonó a los dos, nos dejó plantados.

Nada más decirlo he pensado que me pasaba, me pasaba con creces. Pero, al fin y al cabo, por muy duro que suene, es verdad: nos dejó plantados.

-No, hijo, no. En todo caso, estoy enfadada conmigo misma.

-¿Contigo misma? ¿Por qué?

-No, por nada –Fernanda se ha cerrado en banda de nuevo-, por nada. De todas formas, las cosas ya no pueden cambiar. No queda nada que hacer. O, mejor dicho, quedan muchas cosas. Tengo que limpiar toda la casa y luego quiero lavarme el pelo. Ah, y acuérdate de que la abuela Fernanda viene a comer. No llegues muy tarde al mediodía.

Se acabó. Mi madre había dado la conversación por terminada. Estaba claro.

Con la cabeza llena de pensamientos, he caminado a buen ritmo. La conversación me había demorado y era más tarde que otras veces. Cuando he llegado a la plaza de Honduras, ya la he visto de lejos. ¡Allí estaba! Inconfundible con su gorro de pinchos y su antorcha. No había ningún banco libre, así que me he apoyado en la barandilla del estanque. Y a esperar. La semana pasada me riñó tanto que había

aprendido la lección. No iba a interrumpir. Sería ella la que decidiera cuándo había llegado el momento. Junto a un árbol, la bici y la mochila, como siempre. Pasaba el tiempo. De vez en cuando le mandaba un mensaje telepático y la miraba lo más penetrantemente posible. Pero nada, ella –Libertad- debía de estar tan concentrada que no me devolvía ni una sola de mis miradas. Impasible. El caso es que el día se le estaba dando bien. Tenía un montón de dinero en la lata. Y, de pronto, se ha bajado del podio y me ha parecido algo más alta que de costumbre. Y, de pronto, ha cogido el dinero ganado y se ha dispuesto a montar en la bicicleta. La he agarrado con fuerza del brazo.

-¡Eh, tú, Libertad! ¿Adónde te crees que vas?

-¡Oye, no me toques que llamo a un guardia!

Pero... Esa no era la voz de mi amiga.

-¿No eres Libertad?

-Te crees muy gracioso, ¿no? ¿O es que estás mal de la tarra?

Por fin me he dado cuenta de mi error.

-No, perdona, perdona. Te he confundido con otra persona. El maquillaje...

-Ah, bueno. Yo soy Piluca. A lo mejor te creías que era mi amiga...

-Sí, Libertad.

-Libertad; pues si te empeñas, Libertad. ¡Je! Libertad par los amigos, claro. Tú eres, tú eres...

-Gabriel.

-Sí, claro, Gabriel. Me habló de ti. Hoy no ha podido venir. Está en Valencia, se ha ido con un amigo, ¿sabes?

-¿En Valencia?

-En Valencia, sí. Se ha ido a la playa. Así que yo he venido en su lugar. Ya le diré que te he visto, le daré recuerdos de tu parte, ¿vale? Bueno, chico, que te vaya bonito.

Y se ha marchado.

¡Qué corte! ¿No?

Por cierto: ¿qué amigo?

Querido Gabriel:

Hace días que no recordamos cosas juntos. Hace días que no revisamos fotos. Así que he cogido el segundo álbum de la estantería y, mirando, mirando, me he

descubierto algo mayor que en la foto de la Feria del Libro. Debo de tener unos cuatro años y, curiosamente, voy de la mano de Fernanda. Tú debiste de ser el fotógrafo. Estamos los dos sonrientes. Mamá lleva un vestido turquesa. Yo tengo algo en la mano y sé perfectamente lo que era: el envase de plástico de un cepillo de dientes. No, no creo que me acuerde de aquel momento concreto, de lo que sí me acuerdo es de las veces que tú y yo hemos mirado esas fotos y hemos hablado de aquel día. “De repente, te hartabas de todos tus juguetes, te rebelabas ante todo lo conocido y querías algo nuevo que te sorprendiera. Fernanda y yo nos volvíamos locos. No era que quisieras un juguete caro, no. Lo que te atraía era la novedad, la sorpresa. A veces yo te daba un dibujo que había desechado por alguna incorrección; a veces probábamos con una agenda de propaganda que teníamos guardada en un cajón; a veces era la cajita cilíndrica de una medicina. Mira, ese día te dimos el envase de un cepillo de dientes. Y te encantó. La verdad es que en eso eras de buen conformar, todo te gustaba. Te dábamos cualquier cosa de esas que sin saber muy bien por qué andan por las casas y con eso eras feliz. Pasabas un buen rato jugando, sin rechistar. Este chico tiene imaginación, decía tu madre. De eso no hay duda”.

Creo que son tus mismas palabras. Literales. Prácticamente me las sé de memoria. Las oigo en mi cabeza. Pero tengo que repetirlas con mi voz, no con la que escucho en mi interior. Tu voz, padre, nunca más volveré a oírla. Nunca.

Gabriel, tengo que decirte algo y creo que te va a alegrar. Esta mañana he hablado con Fernanda. Fíjate qué coincidencia. Hacía días que yo quería hablar con ella, pero no sabía cómo empezar. Sí, ya sabes que Fernanda y yo nunca hemos conversado mucho. Bueno, yo no tenía necesidad de conversar con mi madre. Te tenía a ti, ¿no? Pero ahora, ahora es distinto.

Bien, el caso es que yo quería hablar con Fernanda y, sin embargo, ha sido ella la que se ha acercado a mí, la que ha empezado. Tal vez, hasta ahora, a ella le ocurría lo mismo que a mí: no tenía necesidad de conversar conmigo, te tenía a ti...

Pero ahora nos tenemos solo el uno al otro. Y nos estamos dando cuenta ambos. Paso a paso. Poco a poco.

Me he atrevido a preguntarle una cosa que hacía días que me rondaba la cabeza. Pensaba que podía estar enfadada contigo. No, no te extrañe; yo lo estaba. Pero su respuesta me ha asombrado. No me la esperaba. Me ha dicho que, en todo caso, estaba enfadada consigo misma. ¿Consigo misma, padre? Después me han ocurrido otras cosas -cosas chocantes también- y, sin embargo, no puedo quitarme de

encima esas palabras. Casi no me atrevo a decirte lo que te voy a decir, pero ¿acaso tuvo ella algo que ver con tu marcha? ¿Pasó algo entre vosotros que provocó tu partida?

Es inútil. No puedes contestarme. Y seguramente a esta pregunta, aunque pudieras, no querrías responderme. Esa es la verdad. Pero, padre, si fuera así: si ella tuviera la culpa de tu marcha, yo no podría perdonarla. Y si con eso te provocho dolor, lo siento; pero no puedo pensar de otra manera.

De momento, a Libertad no he vuelto a verla. Parece ser que está en Valencia. A quien sí he visto es a Álex, y he hablado con ella, largo y tendido. Tú no has olvidado ya quién es, ¿verdad, papá?

Te seguiré informando.

Un abrazo fuerte, fuerte, de aquellos que tú me dabas cuando yo era niño, eso es lo que quiero, padre. Lo que más deseo...

Gabriel

Hoy es jueves. Llevo días sin escribir, pero es que no he hecho nada especial.

He ido todas las mañanas a la piscina, eso sí. He seguido sintiéndome Juliette Binoche a pesar de los niños que se zambullían casi encima de mí. La piscina se está poniendo ya imposible de gente. Estoy deseando llegar al mar. Tanta afluencia hace que ahora nade menos y, por tanto, lea más. He acabado el libro de García Márquez. Verdaderamente alucinante. Tiene tanta fuerza. No hay ningún personaje anodino. Me ha gustado tanto que he cogido el siguiente de la librería: *El amor en los tiempos del cólera*. Veremos; aunque por las primeras páginas, creo que promete.

Ayer por la noche llamé a Alejandra. Le pregunté si quería ir conmigo hoy a la piscina y, por supuesto, dijo que sí. Nunca la había visto en bañador. Está delgada, desde luego, y tiene las piernas muy largas. Todavía me ha parecido más alta. ¡Pobre de mí! Con tanta piel al aire, la he visto aún más morena, más exótica. Supongo que es guapa. Sí, debe de ser guapa.

Ella hablaba y hablaba sin parar. Yo, sin embargo, no he dicho esta boca es mía. De pronto se me ha quedado mirando y ha soltado algo que me ha dejado patidifuso:

-Ya nunca gastas bromas. Siempre estás tan serio.

-¿Te parece que tengo algún motivo para reírme? –le he contestado en el acto.

Lo he dicho sin pensar. Me ha salido del alma.

A pesar de lo morena que es, se ha puesto colorada como un tomate. Lo he notado.

-Perdona, perdona... Entiendo que no tengas ganas de reír, pero...

No sabía cómo seguir. Así que la he ayudado yo:

-Pero no me puedo pasar toda la vida de velatorio, ¿no? Ni pensando en lo mismo.

-Sí, eso es.

-Bueno, Álex –me ha mirado con cierto asombro y, entonces, he descubierto que en su presencia nunca la había llamado así. Solo en mis pensamientos -, te juro que lo intento, poco a poco. Volveré a ser el de antes, te lo prometo.

Después del corte que le había dado, tenía ganas de demostrarle mi simpatía, de dejarle claro de nuevo que a mi manera ella es importante para mí, así que le he dicho:

-¿Sabes una cosa? Sales bastante en mi diario.

-¿Escribes un diario? –me miraba alucinada, tanto que he temido haberme pasado.

-Pues sí. Me vendrá bien para el futuro, no quiero olvidarme de nada de lo que sucede en mi vida –tampoco iba a contarle todas mis interioridades, ni que el diario era en realidad una especie de larga carta a mi padre. Ni, por supuesto, que lo escribía en su cuaderno de cuadros azules. No había que exagerar-. Bueno, el caso es que escribo un diario, que sales en él y que a veces te llamo Álex.

-Álex, ¿por qué?

-No sé. Debe de ser cariñoso. ¿No te gusta?

-Si es cariñoso, sí. Es un nombre de amigo.

-Sí, eso es –la verdad es que la chica es lista-: es un nombre de amigo. Álex, ¡choca esos cinco! –y he alargado mi mano derecha hacia ella

Nos hemos dado un buen apretón de manos. Fuerte. De amigos. Estaba convencido de que me había salido bordado y yo había quedado como un rey. Por eso he sonreído cuando he levantado la vista.

Pero ella estaba seria, muy sería. No era la Alejandra de la sonrisa perpetua, no.

Nos hemos despedido a la puerta de su casa y hemos quedado para ir el sábado al cine. Me toca elegir a mí. Tal vez sea la última vez que nos veamos antes de las vacaciones. Mi madre todavía no me ha dicho cuándo nos iremos a casa de los abuelos. Alejandra se va en agosto. A “*La Pas*” nada menos. Es la primera vez que vuelve desde que vinieron a vivir a Madrid. Dice que tiene muchísimas ganas de ver a un montón de gente conocida.

¿Encontrará ella la paz y yo la libertad?

Ojalá.

Esta mañana he vuelto a hablar con mi madre. De nuevo, el tema de Deià. Dice que ella no puede dejar sus ocupaciones hasta finales de mes. O sea, que hasta agosto no va a poder ir. Que yo me vaya antes, que allí estaré mejor, más fresquito y más acompañado, y tiene razón. Y yo, además, tengo unas ganas enormes de estar allí. Y quiero ir. Lo estoy deseando. Pero, por otro lado, tengo miedo. Un miedo atroz. Sé que a ella le pasa algo parecido, por eso dice lo de sus “ocupaciones”. Pero no la creo. Si quisiera, sus “ocupaciones” se irían al traste. Se liaría la manta a la cabeza y se iría a Deià conmigo,

mañana mismo. Pero no. Así que yo, tampoco. No quiero hacer el sacrificio solo. Quiero hacerlo acompañado. Yo no tengo “ocupaciones”, pero me las busco. No piso el suelo de Deià hasta que no lo haga ella. No pongo el pie en la isla hasta que no lo ponga ella. Ya está.

Por supuesto, de todo esto no hemos hablado. Somos muy civilizados los dos. ¡Faltaría más! Nadie ha hablado de miedos, nadie ha dado sus verdaderos motivos. Ella ha sacado a relucir sus ocupaciones, yo he contado que me apetece seguir viendo a Alejandra hasta que se vaya a La Paz. Fernanda se me ha quedado mirando y ha estado a punto de volver a preguntar que quién era ella. Pero debe de haber hecho un esfuerzo por recordar porque por fin ha permanecido en silencio.

Resumiendo: nos hemos puesto de acuerdo. El dos de agosto nos vamos a Deià. El lunes Fernanda sacará los billetes.

Es de noche. Cuando he llegado a casa, mi madre no estaba. Increíble. Me he encontrado una nota de su puño y letra: “He salido a cenar con Pedro. Volveré pronto”. ¡Con Pedro! Todavía más increíble. En fin... no gano para sorpresas. Lo digo porque a la salida del cine –hemos ido a la filmoteca a ver *El cartero (y Pablo Neruda)*- le he dicho a Alejandra que me quedaba en Madrid hasta primeros de agosto, y me parece que no le ha hecho mucha ilusión que digamos. Para convencerme más de que por una vez en la vida ponía mala cara a algo que yo le decía, he dejado caer:

-Así podremos vernos unas cuantas veces más antes de que nos vayamos de vacaciones...

Su respuesta ha sido contundente:

-No sé, la verdad. Tengo muchas cosas que preparar para el viaje. Ya veremos.

Pues sí, ya veremos. Está claro que estoy perdiendo puntos para ella. ¡Lo que me faltaba!

La película bien. Mi padre me había hablado de ella. Me ha gustado esa relación entre personas tan distintas. Tanto Neruda como el cartero salen beneficiados de la misma. Cada uno a su manera. Evolucionan una gracias al otro, y viceversa. Impresionante el paisaje siciliano. Yo, de todas formas, me quedo con los verdes mallorquines.

Hemos comentado algo de la película, hemos comido unos sándwiches en Rodilla y, ¡a casa!

Y aquí me encuentro con la soledad más absoluta. Voy a encender la tele a ver si por lo menos ponen una película decente.

¿Con Pedro?

¿Será posible?

Domingo por la mañana. Mi madre llegó a eso de las doce. Yo me había quedado dormido en el sofá. Me dio un beso en la mejilla y medio desperté. Tenía tanto sueño que me fui a la cama y desperdicié un buen momento para una investigación a fondo. Bien lo siento.

Esta noche he soñado de nuevo lo mismo:

Iba en barca. Atravesaba unas aguas pantanosas, eran espesas y me costaba avanzar. Todo era verde, exuberantemente verde. Estaba claro que no era el mar. Debía de ser un río y a ambas orillas había árboles, árboles frondosísimos. Era bonito y, sin embargo, yo no me sentía feliz. Me costaba avanzar. El agua tenía una capa de moho y la barca la cortaba poco a poco con su proa. El moho se iba quedando adherido al casco. Todo ocurría muy despacio, casi a cámara lenta. En el sueño no había nadie más que yo: ni amigos, ni Alejandra, ni Gabriel I, ni Fernanda, ni desconocidos. Ni, por supuesto, Libertad. Nadie. Pero no me preocupaba. Lo único que deseaba era avanzar, avanzar. Apenas había sonidos, solo el chapoteo del agua. Suave, muy suave. Lo demás era silencio...

Lo mismo de siempre. Sigo sin saber qué significa.

Me voy corriendo al Retiro.

-Acércate, señorito, ven que te lea la mano, bonito. Cómprame una ramita de romero para la buena suerte. ¿Tienes penas de amores?

Sí, quizá las tenga. Quizá tenga miedo de no estar enamorado de Alejandra. Debería estarlo. Ella tiene todo a su favor para que yo lo esté, y sin embargo.

¿Quién será más de fiar? ¿La gitana que se ha acercado a mí esta mañana y quería que le mostrara mi mano izquierda? ¿O los que leen el tarot? Están sentados bajo sus sombrillas, con las cartas desplegadas sobre la mesa. A veces, la gente hace cola frente a ellos.

No me fío ni de una ni de otros. ¡Menuda forma de tirar el dinero! ¡Qué tontería!

Creo...

Pero quizá todo sería más fácil si creyera firmemente en algo: las cartas, el destino, los posos del café... o que haya una vida después de esta. No sé. Hay días que me despierto convencido de que esto no lo es todo, que hay mucho más. Otras cosas impalpables que no sé dónde andan, pero que sí, seguro, andan por algún lado. ¿Dios? Sí, tal vez Dios. Este mundo me parece tan impresionante –con todo lo bueno y lo malo que tiene- que es fácil imaginarlo salido de algo realmente grandioso. Sin embargo, hay otros días que navego en la nada. Oscuridad total.

Con relación a esto, tengo que escribir a mi padre. Después ya llegará el momento de hablar de Libertad.

Querido Gabriel:

Estaba escribiendo en mi diario y he tenido que interrumpirme bruscamente. Necesitaba escribirte una carta. Decirte algo que todavía no te había dicho en las siete cartas que llevo escritas desde que te fuiste.

Parece ser que los padres nos enseñan cosas. No solo normas de comportamiento, también la mejor manera para desenvolverse por la vida. Sin embargo, tú, no hace mucho, me dijiste que cuando uno llegaba a adulto, se suponía que tenía que saber qué camino elegir, que debía tomar decisiones y asumir sus propios errores. Pero que los adultos –y tú y Fernanda con ellos- también os equivocabais como cada hijo de vecino. Simplemente hacíais lo que podíais, lo intentabais con la mejor de las voluntades, bastante lógica y mucho sentido común. Eso dijiste. Se me quedó muy grabado, papá. Y pensé que tenías toda la razón del mundo, y pensé que en eso sí se notaba que eras adulto: analizabas las cosas, y la experiencia te servía para algo.

Yo sí he sentido que a veces me desbrozabas el camino. Te lo dije en una de las cartas pasadas.

En ocasiones yo tenía dudas por algún motivo concreto y, hablando los dos juntos, optábamos por una entre varias vías.

Y cuando era pequeño y tenía miedo a la oscuridad, allí estabas tú para salvarme de las garras de la noche.

Ahora también me has salvado de unas garras, y eso quiero agradecerte especialmente hoy con esta carta. No son las de la noche, sino las del más allá. Yo

siempre he tenido miedo –me atrevería incluso a llamar terror a ese sentimiento que se apodera de mí, durante unos segundos, en la cama, algunos días, antes de lograr conciliar el sueño- a algo que no sé exactamente lo que es. Creo que eso es lo malo: no saber.

Pero ahora tú te has adelantado, has abierto camino y, cuando llegemos los demás, allí estarás para tendernos la mano. Si tú puedes soportarlo, no debe de ser tan malo. En ti confío. Gracias, papá.

Un beso muy fuerte.

Gabriel

Continúo ahora con el asunto Libertad.

Me la he encontrado vestida de persona. Estaba sentada en un banco y, por lo visto, me esperaba.

-¿No te has cambiado aún? –luego me he dado cuenta de mi precipitación y he añadido-: Hola.

-No pienso cambiarme –me ha dicho ella siguiéndome el juego-. Hola, cara de ángel.

-¿No?

-No. Hoy no trabajo.

-¿Y eso?

-Hoy es domingo y el domingo no se trabaja.

-Pero... tú siempre trabajas en domingo.

-Siempre que quiero, y hoy no tengo ganas. Creía que no ibas a venir. Para una vez que podemos hablar a gusto... Me dijo Piluca que la habías confundido conmigo, ¡será posible! Ella es mucho más guapa que yo.

Me he dado cuenta de que esperaba que le llevara la contraria, pero estaba tan alucinado que he seguido callado un buen rato más.

-Bueno, ¿qué pasa? ¿Se te ha comido la lengua el gato?

-No, no, perdona. Es que no me esperaba esto.

-Pues eso es lo mejor: lo inesperado. Las sorpresas. Es lo que a mí me gusta más, que no esté todo atado y bien atado. Improvisar sobre la marcha. Por ejemplo, podemos empezar a andar y a ver dónde terminamos. ¿Te parece?

-Sí, sí, claro.

Me ha cogido de la mano –de verdad: me ha cogido de la mano– y nos hemos puesto a andar sin rumbo fijo.

-El otro día yo hablé mucho, pero ¿y tú? ¿Has alcanzado tú la libertad?

La pregunta me ha dejado patidifuso. ¿Por dónde salía yo?

-Yo, la libertad... No, no creo. Yo... bueno...

Se ha disparado como una metralleta. Le encanta hablar, está claro, y eso en ese momento ha sido estupendo para mí.

-Sí. Con tu pregunta me di cuenta de que tenías aspiraciones en la vida, y eso es bueno. No digo aspiraciones económicas, eso a mí me da lo mismo. Con tener para comer y un poco para el maquillaje, pues ya me vale. No. Digo que quieres sentirte a gusto y te preocupas si no lo estás: a gusto contigo mismo, digo.

-Sí, sí, te entiendo. Yo...

-Pues eso: eres una persona que busca, que no se conforma con sentarse en el sofá y ver la televisión, que quiere salir de donde está, que busca caminos.

Ya valía. Ella tenía que parar y, para eso, yo debía introducir alguna palabra en medio de aquella maraña.

-Sí, pero no tengo muchas oportunidades de buscar caminos. Mi padre nos dejó tirados, a mi madre y a mí.

¡Vaya! Eso le ha hecho mella. Durante un momento Libertad ha apretado mi mano con más fuerza.

-Lo siento.

-Sí, cogió el coche, se fue a la playa y no volvió más. Nos hemos quedado los dos solos, y no es fácil.

-Sí, claro, por el dinero...

-Eso, por el dinero.

¿Cómo le iba a explicar que el dinero era lo de menos? Que el DINERO, así con mayúsculas –el sueldo mensual-, en casa entraba por mi madre y, por tanto, todo seguía igual. Seguramente no habría entendido nada. Ella había decidido que lo peor era lo del dinero y creo que tampoco me habría escuchado si yo hubiera intentado contarle la verdad de las cosas. De repente, me ha preguntado algo que me ha dejado atónito:

-¿Se marchó con una tía?

Me he soltado de su mano. He mirado a mi alrededor. Estábamos ya en la Rosaleda. Casi todas las flores andan ya algo secas.

-Puede ser. No lo sé seguro –he respondido por fin.

-¡No lo sabes! No te entiendo, eso es lo primero que investigaría yo.

-¡Qué más da! El caso es que se ha marchado y no va a volver.

-Eso sí que no lo sabes. El padre de un amigo apareció trece años después. Se largó con una y, cuando esta lo dejó, volvió con su mujer.

-No, él no va a volver.

-Hijo, qué fijación, ni que se hubiera muerto.

Silencio. Silencio. Silencio.

No. No quería seguir con esa conversación, no me gustaba. A ella qué demonios le importaba mi vida si casi no la conozco de nada. Así que he cambiado radicalmente.

-¿Con quién te has ido a Valencia?

-¡Vaya! Piluca larga que se las pela. Con un amigo. Reparte ejemplares de “Metro directo”. A lo mejor lo has visto. A veces se pone en la boca de Retiro.

-Ah, en la plaza de la Independencia. Sí, lo he visto.

-Pues eso. Estuve con él en Valencia. José es de allí. Pero se nos acabó la pasta y volvimos. Dormimos en la playa, fue maravilloso. ¿Te gusta el mar?

-Sí, me gusta el mar, pero nunca he dormido en la playa.

-¿No? Al raso, bajo las estrellas, y con el murmullo de las olas. ¡Genial!

-Sí, genial, y con José no digamos.

-¿A qué viene eso?

-No, quiero decir que acompañada mejor.

-Ah, sí, claro.

Hemos pasado por delante del colegio, ahora cerrado a cal y canto. Por supuesto, no se me ha ocurrido decirle que yo estudiaba allí. Después, hemos bajado por la avenida de Nazaret hasta Doctor Esquerdo. Se estaba haciendo tarde y yo, como casi siempre, sin reloj. En las muñecas de Libertad solo había trencitas de lana de todos los colores. He levantado la vista al frente y he intentado caminar con paso seguro a pesar de que ya debían de ser las dos menos cuarto por lo menos. Bueno, en última instancia, para regresar a casa cogería el metro.

Hemos torcido a la derecha, camino de Conde de Casal.

He mirado a Libertad. Llevaba mucho tiempo callada. Justo mientras pensaba eso, ella ha vuelto a la carga otra vez:

-¿Por qué te llamas Gabriel?

-¿Por qué?

-Sí. Todos los nombres tienen su porqué. A mí me gusta saberlo.

-Mi padre se llamaba así.

-¿Se llamaba? ¿En pasado? Tu padre vive y, cuando pase el tiempo, volverás a quererle. A lo mejor hasta entiendes por qué se marchó. Te olvidarás del mal trago y recordarás solo los momentos alegres. Ya lo verás.

Tal vez. Tal vez me olvide algún día del mal trago. Ojalá.

-¿Tú tienes muchos recuerdos de tus padres, de Toledo? –le he preguntado.

Se ha puesto seria.

-Tengo recuerdos, pero no son buenos; así que no quiero tenerlos, por eso los olvido.

¡Qué galimatías!

-Cuando no te gusta la familia que tienes, adoptas otra –ha añadido enseguida-. Estás en tu derecho. Eso es lo que hice yo. Me marché y no he vuelto a verlos. Y adopté una hermana: Piluca. He adoptado a más gente, pero me suelen durar poco. Yo me encariño con la gente y la gente pronto se olvida de mí. Así es la vida. Pasará lo mismo contigo.

Esa frase me ha hecho pensar que, a pesar de sus miradas irónicas, Libertad en algunos momentos puede llegar a ser mucho más ingenua que yo. Ahora he sido yo el que la ha cogido de la mano. Ha sonreído y ha soltado de golpe:

-Vamos a ver los patos.

-¿Los patos? ¿Al Retiro?

-No. Los que adornan la fuente de Mariano de Cavia. ¡Vuelan!

-Bueno; volar, volar, lo que se dice volar... Hacen lo que pueden.

-Pues como tú, como yo y como todos en esta miserable ciudad.

Ahora volvía a ser muy sabia. Pero “miserable” Madrid, no. O por o menos, no para mí. Aunque su mundo y mi mundo poco tienen que ver, claro está.

Pues allí estaban los patos, en la fuente. Y volaban. Mecánicamente, pero volaban.

-Libertad, es muy tarde ya. Me marcho.

-¿Y eso? Creía que podríamos comer juntos... ¿A que no has comido nunca un bocadillo de calamares?

-No. Pero hoy no puedo comer contigo.

-Ah, ya, claro. Tienes una chavala que te está esperando. Bueno... y me ha rozado los labios con su boca.

Es la primera vez que me dan un beso así. No sé si me ha gustado. Me ha sabido a tiza. ¿Restos de pintura?

-El domingo que viene, ¿estarás donde siempre? –he preguntado en voz muy baja.

-Puede...

He pasado la tarde en casa. Leyendo. Fernanda ha pasado la tarde en casa. Leyendo. Ha puesto música de fondo. La primera vez después de aquello. Es cierto que, poco a poco, las aguas vuelven a su cauce. A las ocho me he cansado de leer. He ido al salón, pero ella no estaba allí. He ido a su habitación, pero tampoco. ¿Dónde demonios estaba?

Me la he encontrado sentada frente al tablero de papá, en su estudio. Estaba mirando un álbum de fotos. ¿Ella también?

-¿Qué haces?

Me ha mirado a los ojos sin contestarme. Me he acercado. Eran las fotos de la boda.

-Mamá...

Quería decirle que no se hiciera daño porque sí, pero no he podido. Sin embargo, creo que ella me ha entendido.

-No, no te preocupes. Me gusta verlas. Fue un día muy feliz, ¿sabes? Mira.

Ha señalado una en que estaban ellos dos en medio –tan jóvenes- y un montón de invitados a su alrededor.

-Qué raro estaba Pere sin barba –ha comentado.

-No sabía que hubiera venido –es pintor y vive en Deià.

-Claro. Era el mejor amigo de tu padre.

-¿Y Pedro?

-Pedro también. ¿Ves?, en esta foto está con su novia de entonces. Me parece que se llamaba Carmen. ¿Carmen? No, Maite. Sí, Maite. Al final se casó con Rocío, ya lo sabes.

-¿De qué eran amigos?

-¿De qué eran amigos? ¿Papá no te lo había contado? Pere era el amigo de las vacaciones. Ya sabes que en ese pueblo se conocen todos. Y tu padre iba todos los veranos. Jugaban juntos. Pedro, en cambio, era el amigo de aquí, del colegio. Algunos años los abuelos se lo llevaron con ellos a Deià. Así que los tres se conocían desde

siempre. Tu padre siempre decía que él tendría que haberse llamado Perico, Peter o algo así. Entonces habrían hecho un trío perfecto.

-Ayer saliste con Pedro.

-Sí.

-¿Por qué?

-¿Tengo que tener un porqué para salir con Pedro? Somos amigos. Lo conozco desde hace veinte años, igual que a tu padre. Tu abuela, el mismo Pedro, todos dicen que salga, que me divierta. Quizá tengan razón. De todas formas, ayer nos pasamos toda la cena hablando de Gabriel, ya ves.

-Él es divorciado y tú estás sola.

-Sí, ¿y qué? ¿No te parece que estás diciendo verdaderas estupideces?

Sí, estaba diciendo verdaderas estupideces. Lo sabía. He regresado a mi cuarto.

Querido Gabriel:

Fernanda está mirando las fotos de vuestra boda. Quizá te guste saberlo. ¿Se regodea en su tragedia? Puede ser. Pero a veces es sano meter el dedo en la llaga y hurgar la herida. Tal vez se hace daño a sí misma porque tiene remordimientos. Se mortifica, creo que se dice así.

No sé si tachar esto que te estoy diciendo. Estoy seguro de que no te va a gustar. Pero no, no voy a hacerlo. Es lo que siento en estos momentos y me he prometido ser totalmente sincero tanto en el diario como en las cartas. Aunque... ¡qué gracioso! Sincero, ¿soy realmente sincero? Tú sabes que no. O, por lo menos, no del todo.

Hemos hablado de Pere y de Pedro. ¿Te importaría que mamá saliera con otros? Es joven, solo tiene cuarenta años. Pero es muy pronto, demasiado pronto, ¿no? ¿Y precisamente con uno de ellos? ¡Como si no hubiera otras personas en el mundo!

Si hubiera sido al revés. Si hubiera sido Fernanda la que se hubiera marchado, ¿tú qué habrías hecho? ¿Salir enseguida con otras?

No, padre, tú no. Seguro.

Hoy me han dicho que a lo mejor tenías una amiga. ¡Qué cosas! Pero no, padre, quien lo ha dicho no te conocía. Yo sí.

Quería decirte que hoy me han dado mi primer beso en la boca y... bueno... Supongo que para esto, como para todo, también hay que aprender. No sé si ha sido la persona adecuada, la que debía dármelo para que yo hubiera sentido todo lo debido -

¿qué es lo debido?-, para que le hubiera sacado el máximo partido, vamos. Pero creo que a veces no se puede elegir; las cosas son como son. Ni más ni menos.

Hay una cosa de la que sí estoy seguro. Si hubieras estado hoy aquí, en casa, conmigo, no te habría contado esto. Éramos amigos, pero no hasta ese punto. Ya ves, has tenido que marcharte para que llegáramos a la total confianza. Curioso...

Te quiero

Gabriel

Es martes. Continúo yendo a la piscina. Me paso casi todo el tiempo dentro del agua. Pero no puedo hacer muchos largos seguidos. Casi siempre tengo que desviarme para no chocar con alguien. Estamos a mediados de julio y hay mucha gente. ¿Llamo esta noche a Alejandra para ver si quiere venir mañana conmigo? Veremos si me decido...

He acabado *El amor en los tiempos del cólera*. De nuevo, increíble. Me encantaría tener tanta imaginación como la que tiene García Márquez.

Por las tardes hace demasiado calor para salir a la calle. Así que me dedico en cuerpo y alma a dos cosas. Por un lado, comparo los dos “Jardineros”, el italiano y el castellano. Suena bien el italiano, lástima que yo no sepa pronunciarlo correctamente.

Por otro lado, me dedico a ver películas. De las “históricas” como decía mi padre. Hay algunas que me las sé de memoria y, sin embargo, no me canso de mirarlas. Hoy ha tocado *Los que no perdonan*, de John Huston. Inolvidable la escena en que Lillian Gish toca el piano, y ese abrazo último de Burt Lancaster a sus dos “hermanos”.

Soy el único de la clase que sé nombres de actores antiguos, lo he heredado como tantas otras cosas de mi padre y él, a su vez, de la abuela. Mi madre, en cambio, se sabe solo los evidentes, los archiconocidos y, para más inri, la mitad de las veces se le olvidan incluso estos. Quiere hablar de Gary Cooper y dice “Sí, ¿cómo se llamaba ese que hizo de *sheriff* en una película en la que se casaba con la princesa Gracia de Mónaco, la madre de Carolina?”

No estoy exagerando nada, de verdad.

Ayer me di una buena sentada con *Espartaco*. Kirk Douglas y Jean Simmons en el mejor de sus momentos. Sin duda. Además, creo que esa película tiene el beso más bonito de todo el cine, o, al menos, de todo el cine que yo conozco. Eso sí es un beso y no lo mío del otro día con Libertad.

Me alucina pensar que el mismo Stanley Kubrick hiciera años después *2001: Una odisea en el espacio*. Dos películas tan distintas...

De todas formas, creo en el destino. Cada vez más. Me refiero a mi película *El mimo parlante*. Sabía que iba a hacerla, sabía el título que iba a tener, pero absolutamente nada más. Llegué a pensar que podía basarme en la figura de Marcel Marceau y, para colmo, me hago amigo de un mimo –mejor de una “mima”- y parlante,

vaya si es parlante cuando coge carrerilla. Evidentemente será una buena referencia para la película. Tengo que seguir viéndola, me enriquece culturalmente. ¡Ja!

Bueno, hablemos de cosas serias. Llevo más de la mitad de este cuaderno y no sé si he sacado algo en limpio. No sé si merece la pena seguir con esto del diario y de las cartas a mi padre. ¿Tengo algo más claro? Creo que no. Por otro lado, el cuaderno se acabará y yo quiero terminar con él. Eso me prometí. No me puedo pasar la vida llenando cuadernos que no conducen a nada, sería el cuento de nunca acabar.

Tal vez se me cruzaron los cables: Alejandra me acababa de regalar el cuaderno, yo no sabía qué función darle y, entonces, va y se marcha mi padre, y yo me digo: “Ya está: un diario para conocerle mejor y, de paso, conocerme a mí mismo”.

Pues sí, todo se cruzó para que fuera así. Pero yo tendría que haberlo dedicado a otra cosa totalmente distinta. Con esos cuadros azules y blancos habría estado bien para apuntar recetas. Se lo podría haber regalado a Fernanda y ¡santas pascuas! A ella, que le gusta cocinar. De uvas a peras, eso sí; pero cocinar al fin y al cabo.

Bueno, está claro que no puedo dejarlo a la mitad. Seguiré. Pero pondré punto final en la última línea de la última página. Ni una más. Y si es alguna menos, mejor que mejor.

Llamé a Alejandra. Fuimos a la piscina y se trajo a su hermana pequeña. ¿Será posible? Me dijo que sus padres se habían ido a hacer unas compras y que no tenía con quién dejarla. Cuando la vi, me sentó fatal y todavía no sé por qué. He de confesar que después fue divertido. Tiene siete años y se llama Rosalía. No había manera de sacarla del agua. Nos reímos. Supongo que mucho más que si hubiéramos ido los dos solos. No hablamos de nada, o, por lo menos, de nada serio. Cada vez que lo intentábamos, Rosalía decía algo, quería meterse de nuevo en la piscina o que le compráramos una bolsa de patatas fritas. Imposible.

Cuando nos despedimos, Alejandra me preguntó si me había aburrido mucho. Y yo tuve que responderle un no rotundo. A mi pesar.

¿Algo más digno de mención?

No. Solo que estamos a sábado por la noche. Mañana es domingo de nuevo.

Me he levantado, me he duchado y he ido a la cocina a desayunar. Ha sido el clásico desayuno de domingo, mano a mano y periódico por medio. “Buenos días”, “¿qué tal has dormido?”, y poco más.

Libertad estaba en su puesto de siempre. Vestida de estatua. Quieta a más no poder y nada parlante. Estaba claro que hoy no habría paseo. La he mirado, me ha mirado y sus ojos me han dicho algo. Solo que los míos son demasiado torpes para comprender. He intentado indagar, sumergirme en su mirada penetrante. Pero nada. Ella, por fin, se ha cansado de mi ineptitud y ha ladeado la cabeza ligerísimamente hacia la derecha. También ha aprovechado para levantar algo más la antorcha. Este tipo de mimos lo hace así a veces. Supongo que esos cambios mínimos de posición sirven para demostrar que son personas, que están vivos, que no se trata de meros maniqués. Tal vez, deban hacerlos también para que sus músculos no se anquilosen. ¡Yo qué sé! El caso es que su cabeza se ha girado hacia el árbol. ¡El árbol, claro! Allí es donde ella suele dejar la bici y la mochila. Y hoy había también algo más: un papel pegado en el tronco. Me he acercado rápidamente. Sí, era un mensaje:

Gabriel:

Ahora no tengo tiempo para ti. Debo trabajar.

Si quieres, nos vemos esta tarde, a las siete, junto al Palacio de Cristal. ¿Sí?

Libertad

Sí, quería, pero ¿cómo hacérselo entender?

Muy fácil, qué tonto, yo no tenía por qué permanecer callado. Así que he soltado un sí rotundo, en voz muy alta. La gente a mi alrededor se me ha quedado mirando, pero yo he cogido el portante y me he marchado. No sin antes observar a Libertad, que ha puesto su mirada más irónica.

Una mañana por delante. ¿Qué hacer?

Nada. Simplemente dejarse llevar, como el domingo anterior.

He pasado un rato largo observando a un retratista que intentaba pintar a una chica. Era bastante guapa y su amigo se ha empeñado en tener un dibujo de ella. El artista estaba concentrado en su labor. Al principio he pensado que no acababa de sacarle el parecido. Pero, poco a poco, la nariz, los ojos de la chica estaban allí: en la

tela. Me alucina la capacidad que tienen ciertas personas para copiar algo del natural. Empiezan siendo unas rayas en una hoja, o en un lienzo, y acaban convirtiéndose en el doble del original. Impresionante. Yo nunca he tenido facilidad para el dibujo. Sin embargo, mi padre...

Gabriel me pintó una vez... Solo una vez. Debía de tener yo unos tres años. Por las fotos deduzco que efectivamente era como estoy ahí, en el retrato. Está colgado en el salón.

Me he acodado en la barandilla del estanque y me he puesto a observar a la gente que remaba en las barcas. Había una pareja de novios, un padre y su hija, y tres chicos más o menos de mi edad. ¿Tengo yo algo que ver con ellos? ¿Con su forma de ser? Quizá...

Nunca he tenido muchos amigos. Roberto ha sido el más duradero, a pesar de que somos muy distintos. Pero eso no importa, nos lo decimos a la cara, y tan contentos. Alguna vez he salido también con mi vecino Jaime. Pero le gustan las películas americanas de mucha acción, y a mí no me van demasiado. Aunque hay excepciones, claro.

Me he vuelto a casa caminando lentamente. Tanto jolgorio a mi alrededor, y yo sin poder participar de él, me ponía triste. Había una especie de barrera que me impedía acceder a la alegría.

En casa lo hemos acabado de arreglar. Fernanda estaba haciendo limpieza. Una limpieza muy especial. La he pillado con las manos en la masa.

Cuando ha oído mi saludo, me ha interrogado desde su habitación:

-¿Qué haces aquí tan pronto?

-Hace mucho calor fuera.

-Ah.

Estaba arrodillada frente a la cómoda. En el suelo había un montón de ropa de mi padre.

-¿Qué haces? –he preguntado sin acabar de creer lo que veían mis ojos.

-Arreglando un poco estos cajones.

-¿Qué piensas hacer con todo eso?

-Bueno, lo que tú no quieras lo entregaré a una ONG. Ellos sabrán a quién dárselo.

-¡Pero, madre!

Mamá se ha vuelto furiosa hacia mí.

-¿Qué quieres que haga: conservarlo? ¿Para qué? ¡Vamos a ver! Te crees que, si lo volvemos a guardar en su sitio, aparecerá tu padre por aquí. No, Gabriel, tu padre no va a volver. ¡No va a volver jamás! ¡De donde está no se vuelve! Es inútil que guardemos sus cosas para nada. Así que haz el favor: dime lo que quieres. De lo demás me encargo yo.

He salido corriendo y me he metido en mi cuarto dando un portazo.

Después la he oído trajinar en el estudio. ¡También en el estudio! ¿Qué piensa hacer con las pinturas, los papeles, el caballete?

“¿Quién se pondrá mi abrigo el próximo diciembre? ¿Y quién será el nuevo dueño de mi casa y mis sueños y mi sillón de mimbre?”, canta Serrat en *Si la muerte pisa mi huerto*.

Lo he intentado de nuevo. He salido del cuarto y he ido al estudio. Y allí me he encontrado lo que menos esperaba. Mamá estaba llorando abrazada a una paleta sucia de pintura.

-Mamá...

-Gabriel... No te preocupes. Ya se me pasa –se ha frotado los ojos y, con la pintura, se ha ensuciado toda. Debo de haber puesto alguna cara rara, porque se ha dado cuenta-. Estoy horrorosa, ¿no?

-Sí. Estás horrorosa.

Y sin saber muy bien por qué, me he abrazado a ella. Ha sido un abrazo parecido a los que me daba papá.

-¿Qué vamos a hacer con esto? –he preguntado señalando los rotuladores, las acuarelas, todo lo que había extendido sobre la mesa.

-Voy a llamar a Eugenio, que se lleve lo que quiera.

-¿A Eugenio?

-Sí. ¿No te acuerdas? Era alumno de tu padre.

-Sí. Claro. Pero hace tiempo que no lo vemos. Ha tenido otras alumnas más recientes: María, Rebeca...

-Sí, pero a ellas no quiero darles nada. Llamaré a Eugenio –mi madre estaba seria, terriblemente seria.

Llamaría a Eugenio y no había más que hablar.

A la hora de la comida volvía a estar perfecta. Ni una señal de que había llorado. Estoy seguro de que la abuela Fernanda no lo ha notado.

Aprovechando que había puesto la mesa yo, me he sentado en el sitio de mi padre, a la cabecera. Creo que es mejor que ocupe yo ese lugar, antes de que se quede para siempre vacío. Ni la abuela ni mamá han dicho nada. Como si fuera lo más natural del mundo. A partir de ahora me sentaré siempre ahí.

Hemos comido lomo con piña. Para chuparse los dedos.

Querido Gabriel:

Estamos ya en la décima carta. ¿Sabes? Este cuaderno no va a durar siempre.

Hoy quiero contarte algo, porque no me gustaría que pensaras que hago cosas a tus espaldas. Pero estoy seguro de que no va a parecerme mal. Verás: me he sentado en tu sitio a la hora de comer. ¿Verdad que no te importa? No es que olvidemos, no. No creo que olvidemos nunca. De hecho, quiero decirte que yo pienso en ti constantemente. No, la palabra no es pensar. No es solamente que me acuerde de ti, es que siento como si fueras conmigo. Siempre. A todas partes. Y en todos los momentos del día.

Sé que no te gustaba que nos sentáramos en tus sitios preferidos. Eran tuyos y, por tanto, casi intocables. Y te lo respetábamos. Pero ahora, si seguimos manteniéndotelo por los siglos de los siglos, van a permanecer siempre desocupados. Y el vacío de ti va a ser todavía mayor. Difícil de soportar, ¿no?

Hay otra cosa: mamá está arreglando tu ropa, tus papeles... Cuando me la he encontrado esta mañana, me he enfadado mucho. Más que enfadarme: me he metido en mi cuarto dando un portazo. Buena manera de firmar la paz con ella, ¿no crees?

Pero ahora, pensándolo, creo que tiene razón. Quiere buscar personas que puedan utilizar tus cosas adecuadamente, sacarles partido. Si las conserváramos aquí, nadie se beneficiaría de ellas, y eso sería mucho peor. Creo...

Ha hablado de darle tus materiales de dibujo a Eugenio. No sé por qué precisamente a él.

Cambiando de tema: tengo miedo. Se acercan momentos difíciles, citas ineludibles que no puedo postergar por más tiempo. No, no hablo en clave. El día dos nos vamos a Deià. Allí he sido siempre feliz. Quizá por eso tengo tanto miedo este año. ¿Seré también feliz? En el mejor de los casos, lo seré a ratos. Creo que, después de lo sucedido, ya nunca seré perennemente feliz, como lo era de pequeño. Lo que ocurrió

contigo me traspasó de golpe al otro lado de la frontera, allá donde viven –“capeando el temporal como pueden”, esa era la frase que te gustaba emplear- el resto de los adultos.

Pero no es solo la nostalgia de lo que ha sido y nunca más será -¿Te acuerdas de “El río de la vida”, de Robert Redford? Te gustaba tanto esa película...-; no, no es solo eso. Es que, si estoy tan cerca de ti, tendré que ir a visitarte. El primer día, el segundo; no sé cuándo, pero iré. Debo ir, tengo que hacerlo.

¿Quiero ir? Eso ya no lo sé. Tal vez...

Sé que elegiste. Fue tu decisión. Y sé también que una vez que elegiste, no podías estar en un lugar mejor. Más bonito. Pero...

Papá, perdóname, hoy me ha salido una carta triste, demasiado triste. Y no, no quiero amargarte. No te preocupes por mí. Estoy bien. Y no me paso el día llorando, ni mucho menos. La verdad, nunca había ligado tanto como ahora. No, no te rías. Es totalmente cierto.

Te quiero, papá. (¿Te lo había dicho ya?)

Gabriel

Después de escribir la carta, me he ido al Palacio de Cristal. Era hora de reencontrarme con Libertad.

Estaba sentada en los escalones que van a dar al agua. Observaba los patos. Esta vez vivos, no mecánicos Me han entrado ganas de darle un susto. Me he acercado por detrás, la he cogido por la cintura y he hecho ver que la empujaba.

-¿Estás loco o qué? –se ha dado la vuelta-. Ah, eres tú –me ha parecido que había un dejo de desilusión en su voz.

-¿Quién voy a ser si no? ¿No has quedado conmigo?

-Sí, también. ¿Qué hora es? –ha señalado mi reloj. Me lo había puesto después de comer con el fin de saber cuándo debía salir para encontrarme con ella.

-¿Cómo también? Las siete y cuarto –me he sentado junto a mi amiga.

-Ah, no. Todavía es pronto. Va a venir José –ante mi cara de estupor, ha añadido-: con el que me fui a Valencia.

-Sí, ya sé, ya sé que te fuiste a Valencia con él.

-Vamos a dar una vuelta, aunque él se acuesta pronto porque mañana tiene que madrugar, por su trabajo.

-¿Vive de eso?

-Bueno, el sueldo no le da para mucho, pero se apaña porque no tiene a nadie más...

-¿Te gusta?

-¿Quién? ¿José? –he afirmado con la cabeza-. Claro que sí, me gusta mucho.

-¿Y lo quieres? –estaba visto que yo tenía la tarde preguntona.

-¿A quién? ¿A José? –ella también la tenía preguntona, por cierto-. Pues, a ratos. Sí, a ratos. Pero llevo unos días que sí, que le quiero. Claro que no sé cuánto me va a durar. Suele pasármelo pronto. Por lo menos, hasta ahora siempre ha sido así. Con el francés me ocurrió lo mismo. Además, ¿sabes qué me sucede? Yo cuando quiero, quiero bastante, más que el otro. Y eso es un poco triste. Pero, bueno, ya estoy acostumbrada. ¿Y tú, cara de ángel?

-Yo, ¿qué?

-Que si quieres a alguien.

-Ah... Sí, supongo que sí. A ratos también. Hay alguien, pero es lo que tú dices. Creo que me quiere más ella a mí que yo a ella. O que me quería... porque ahora no está tan claro.

-¿Has estado con ella?

-¿Cómo?

-¿No me entiendes? Que si te has acostado con ella.

-Sí, sí te entiendo. No, no he estado con ella nunca.

-¿Te gustaría estar conmigo?

-Pero, ¿qué dices, Libertad? Me acabas de contar que quieres a José y ahora me preguntas esto. No entiendo nada.

-Tú me gustas. Me caes bien. Y quiero hacerte un regalo... de despedida.

-¿De despedida?

-Sí, voy a cambiar de aires. Estoy cansada de esta ciudad. Me voy a ir a Valencia, con José.

-¿Tenéis un sitio donde vivir?

-Eso no importa mucho, ya lo encontraremos. Pero no has contestado a mi pregunta.

-Estoy hecho un lío, Libertad.

-Bueno, mira, en este papel te he apuntado mi dirección –me ha metido un papel bastante arrugado en el bolsillo de la camisa-. Te espero el lunes diecinueve por la tarde, a eso de las ocho. Así tendrás tiempo de decidirte. Tenemos pensado irnos el martes siguiente. ¡Mira, por allí llega José!

Efectivamente. José acababa de aparecer por el lado izquierdo del Palacio de Cristal.

Me he levantado en el acto.

-Me voy, Libertad.

-Pero ¿por qué?

-¿Cómo por qué? Después de lo que me acabas de decir, ¿qué cara quieres que le ponga a tu amigo?

-Pues sí que... ¿Qué tendrá que ver una cosa con la otra?

-Sí que tiene que ver, y mucho. Adiós, Libertad.

-Nos veremos el lunes.

-Puede...

-No pierdas el papel.

He echado a correr y casi casi todavía corro a ahora.

¿Será posible?

Vaya.

He metido el papel dentro de *El Jardinero* italiano. No quiero perderlo. Libertad vive en la calle de San Andrés. He mirado en un plano por dónde pilla eso. Junto a la plaza del Dos de Mayo.

Veremos...

Querido Gabriel:

¿Te acuerdas de que te he dicho en mi carta anterior que estaba ligando mucho? Seguramente no te lo he has creído, pero es verdad. Hasta me han hecho proposiciones indecentes –como en la película de Robert Redford y Demi Moore-. Sí, no pongas esa cara. Es verdad. Ha sido la Estatua de la Libertad. Ella es así: dice lo primero que se le viene a la cabeza, sin pensar. Aunque, ahora que me doy cuenta, esto lo llevaba preparado. Se había molestado incluso en escribir sus señas en un papel.

Yo estoy hecho un lío. Supongo que siempre hay una primera vez, pero... ¿Así? Ella me cae bien. Es tan transparente, tan espontánea. Vive libre y es libre.

Yo, sin embargo, no soy así. Lo sé. En el mundo somos muchos y muy distintos unos de otros. Si Roberto estuviera aquí, hablaría con él. Aunque no tengo necesidad de hablar con él. Sé perfectamente lo que me iba a decir: “¡Te lo han puesto en bandeja, tío! ¡Qué suerte, chaval! Aprovéchate”.

Pues sí, quizá me aproveche.

¿Y si estuvieras tú aquí?

Si estuvieras tú, yo no te diría absolutamente nada, claro. Pero, como no estás, por eso, solo por eso, te pregunto. ¿Qué habrías hecho tú en mi lugar, papá? ¿Te habrías lanzado a la piscina?

Sabes que a mí me gusta nadar; en cambio, nunca me ha gustado tirarme desde un trampolín. Y esto sería tirarse desde un trampolín de un montón de metros, además.

Pero quizá sería la manera, una vez por todas, de saber. Saber quién soy y cómo soy. Sin tapujos.

Aún tengo tiempo de pensar. El ofrecimiento es para el diecinueve.

¡Quién me mandará a mí meterme en estos embrollos!

Gabriel

He vuelto a las andadas. El mismo sueño de siempre:

Voy en barca. Atravieso unas aguas pantanosas, son espesas y me cuesta avanzar. Todo es verde, exuberantemente verde. Está claro que no es el mar. Debe de ser un río y a ambas orillas hay árboles, árboles frondosísimos. Es bonito y, sin embargo, yo no soy feliz. Me cuesta avanzar. El agua tiene una capa de moho y la barca la corta poco a poco con su proa. El moho se va quedando adherido al casco. Todo ocurre muy despacio, casi a cámara lenta. En el sueño no hay nadie más que yo: ni amigos, ni Alejandra, ni Gabriel I, ni Fernanda, ni desconocidos. Ni, por supuesto, Libertad. Nadie. Pero no me preocupa. Lo único que deseo es avanzar, avanzar. Apenas hay sonidos, solo el chapoteo del agua. Suave, muy suave. Lo demás es silencio...

Lunes: he ido a la piscina. Nada nuevo. Estoy ahora con *Crónica de una muerte anunciada*, pero no consigo concentrarme. El asunto con Libertad ocupa mi cerebro. Por entero.

A eso de las siete de la tarde he salido a dar una vuelta. He acabado de nuevo en el Retiro. Me he tumbado un rato sobre la hierba. Por encima de mí planeaba una avioneta publicitaria. Ha sido una sensación bonita. Lástima que fuera propaganda de un banco.

Por la noche han llamado los abuelos. Dicen que ya está todo preparado para cuando lleguemos, que hace un tiempo estupendo y que están deseando vernos. Se agradece. Y más todavía después de lo sucedido. Es curioso, pero nunca ha habido un reproche por su parte. Y podría haberlo habido. Ellos podrían haber buscado culpables. Y si lo hubieran hecho, nosotros dos habríamos sido los elegidos; no me cabe la menor duda. Pero no... la comprensión más absoluta. Comprensión. Comprensión. Comprensión. ¿Es que todo el mundo comprende menos yo?

Parece ser que sí.

Es más, Fernanda está todavía más unida a ellos que antes. Suelen hablar mucho por teléfono.

Martes: me ha llamado Jaime. Dice que todos sus amigos se han marchado y se aburre. Que por qué no vamos al cine. Muy diplomático no es, no señor. Pero en vista de que yo también ando bastante desocupado, he aceptado. Hemos quedado esta tarde. Vamos a ver *Pequeños detalles*. Bueno.

Hacía más de un año que no salía con Jaime. Nos habíamos encontrado algunas veces en el portal, habíamos hablado de estudios y poco más. También subió a casa cuando papá se fue. Ese día me dio un abrazo. Supongo que sus padres le dijeron que lo hiciera.

Estaba simpático, tenía ganas de hablar. Ha empezado preguntándome que cómo lo llevaba.

-¿Cómo llevo el qué? –le he dicho yo.

-Lo de tu padre.

¿Cómo lo llevo?

Mal, regular, bien... En la escala de una encuesta, ¿qué demonios contestaría yo?

-Lo llevo –he optado por responder- o, mejor, lo sobrellevo.

-Siempre te han gustado las palabras, tío.

Pues sí, debe de ser eso: siempre me han gustado las palabras.

Después –imagino que para entretenerme- me ha contado un montón de aventuritas escolares. En fin...

Mientras él hablaba, yo iba a lo mío. Con decir de vez en cuando “sí”, “claro” o “vaya”, Jaime se quedaba contento. Así que yo podía dedicarme a pensar en mis cosas: Libertad. ¿Qué hacer mañana?

En un momento de debilidad –quizá estaba ya saturado de su monólogo y tenía ganas de que se callara- he estado a punto de contárselo, pero me lo he pensado mejor y he callado a tiempo. ¿Para qué? Su opinión no me interesa lo más mínimo. Esa es la verdad.

Hoy es el día. ¿El gran día?

Imposible ir a la piscina. Me he pasado toda la mañana de sillón en sillón. He intentado releer por lo menos cinco veces el segundo capítulo del libro. Pero no ha habido manera de concentrarme. No hay derecho, García Márquez no se merece esto.

A eso de la una ha llamado mamá para decirme que ponga un plato más a la mesa. Por lo visto, Eugenio viene a comer.

Estamos a veintiséis de julio. Lunes. Ha pasado una semana desde la última vez que escribí. Es mucho tiempo. Desde que empecé este diario, nunca había estado tanto tiempo sin escribir. Y no es que no tenga nada que contar. Al contrario, tengo tantas cosas que no sé por dónde empezar. Además, ando en un estado extraño, sumergido en una nube –una nube, sí; sin duda, una nube de tormenta-, que no me permite concentrarme, que no me permite tener las ideas claras. Todavía. Quizá escribir –ahora que he decidido hacer este gran esfuerzo- contribuya a que me aclare por fin.

Sí, es mucho tiempo. Pero mirado desde otro punto de vista, es bien poco. Han pasado tan solo siete días y todo es distinto. Absolutamente diferente. Un giro de ciento ochenta grados. Ni más ni menos.

El lunes pasado iba a ser un día especial. Y lo fue. Pero no ocurrió casi nada de lo que en principio estaba programado.

Tengo que poner mi mente en orden y comenzar por el principio: Eugenio.

Eugenio es un patito feo. Lo era hace dos años cuando venía por casa dos veces a la semana, y lo es ahora.

Apareció con mi madre. Los dos juntos. Fernanda le ofreció una cerveza, mientras ella daba los últimos retoques a la comida.

Él decía que Eugenio dibujaba bien, pero que nunca sería un verdadero artista. Que era demasiado convencional para eso. Durante la comida, Eugenio pareció darle la razón a Gabriel I con sus actos. Nos contó que daba clase de dibujo en un colegio. De lo otro –lo de dibujar en serio-, alguna colaboración en la prensa, y poco más. Mamá le dijo que había pensado en él, que creía que era la persona más adecuada para heredar las cosas de papá. Eugenio la miraba con cara de bobalicón, ni él mismo creía sus palabras; pero las agradecía, desde luego. Después del café, fuimos al estudio. Eligió lápices, acrílicos, papeles de diversas calidades... Se lo tomaba con calma. Comentó que con tanto regalo casi se sentía obligado a intentarlo de nuevo, pero que lo que más pereza le daba era tener que tocar tantas teclas, llamar a tantos lugares, para que volvieran a hacerle caso. Que llevaba ya tiempo fuera de los círculos habituales y que empezar de nuevo era difícil. Pero que con tanto material en sus manos era capaz de sentir otra vez la ilusión. Sus ojos, ciertamente, chispeaban.

La verdad es que Eugenio tampoco ha tenido nunca demasiado dinero para gastarlo alegremente. Lo que mamá estaba poniendo en sus manos era todo un tesoro para él. Yo empezaba a pensar que estábamos haciendo lo correcto. Que era, realmente, la persona más adecuada para aquella donación. Aunque, desde luego, nunca le sacaría todo el partido que otras manos más hábiles sí le habrían sacado. Las manos de Eugenio son regordetas, pequeñas; no me las imagino –ni las he visto nunca- dibujando con pulso firme sobre el papel. No son manos de artista. Las de él sí lo eran. Dedos largos que parecían acariciar las pinturas. Fernanda decía siempre que eran manos de pianista.

No quiso el caballete. Confesó con franqueza que no lo iba a usar, que hacía muchos años que había desechado dedicarse a la pintura con mayúsculas.

Mamá le puso todo en bolsas y Eugenio, dando gracias una y otra vez, desapareció por la puerta a eso de las siete.

Me iba ya a preparar para mi gran cita, cuando se me ocurrió entrar de nuevo en el estudio, donde Fernanda estaba guardando lo que había quedado esparcido por el tablero, y hacer una pregunta. Justo ahí empezó todo:

-¿Qué vamos a hacer con el caballete y lo demás? ¿Llamamos a Rebeca?

-¡No!

Fue un no rotundo, tajante.

-¿Qué te ha hecho Rebeca, mamá? Papá siempre decía que era una buena ilustradora.

-Sí, no dudo que fuera una buena ilustradora, pero también fue más cosas...

-¿Qué? –la respuesta me había pillado ya saliendo del estudio. Pero di marcha atrás en el acto y me quedé apoyado en la pared, junto a la puerta-. ¿Qué? –repetí.

-Nada. ¿No decías que ibas a salir, Gabriel?

-¡No me cambies de tema! Siempre igual. Cuando estás a punto de decir algo que parece interesante, te callas y me cambias de tema.

-Lo que estaba a punto de decir, no te interesa para nada.

-¿Ah, no? ¿Y cómo sabes tú lo que me interesa o no me interesa?

-¡Hijo, por Dios! Hay palabras que no van a ninguna parte, que no solucionan nada.

-¿Y solo por eso uno tiene que taparse los oídos y no oír? Mamá, soy tu único hijo, tengo quince años y necesito saber.

-¿Qué necesitas saber, eh? No sabes siquiera de lo que estamos hablando.

-Estamos hablando de papá.

-¿Qué?

-Sí, mamá. ¡No soy estúpido! Siempre que te callas es porque estamos hablando de papá. ¿Por qué hizo lo que hizo aquel maldito día en la playa? ¿Por qué estás enfadada contigo misma por eso? ¿Qué pasa ahora con Rebeca? ¿Por qué no quieres hablar de ella o de María? ¿Por qué le has dado las cosas a Eugenio, que no pasa de ser un dibujante mediocre? ¿Quieres que te siga haciendo preguntas? –Fernanda se había derrumbado sobre la silla y tenía el rostro apoyado entre las manos-. Mamá, no solo era tu marido, también era mi padre. Mi padre durante quince años y casi no sé nada de su vida. Pero, sobre todo, no sé nada de su desaparición. Yo tengo derecho a saber, mamá. Tengo todo el derecho del mundo. Era mi padre, mamá, ¡era mi padre! –mi espalda resbaló por la pared y me senté en el suelo, a lo indio.

-Hijo, hijo, por favor...

-Mamá, ¿vas a hablar de una buena vez...?

Tardó unos segundos y finalmente comenzó una especie de letanía:

-Tu padre y yo nos quisimos mucho siempre, desde el principio. Y yo le seguía adorando, te lo juro –las lágrimas recorrían sus mejillas-. Tal vez yo tenía que haber estado más tiempo en casa, pero... bueno, mi trabajo me gusta mucho, tú lo sabes, no voy a engañarte. Además, ese sueldo ha sido el único sueldo fijo que siempre hemos tenido. Tu padre pasaba rachas: a veces ganaba mucho; a veces, nada. Lo mío era más seguro, sobre todo en los momentos malos, que a lo largo de los años hubo unos cuantos, la verdad. Pero... a tu padre le gustaban mucho las mujeres, Gabriel.

-¡Mamá...!

-No, déjame hablar. No me interrumpas. Si quieres saber la verdad, toda la verdad, vas a tener que escuchar y creer lo que te digo. Esta es la verdad, por fin, sin tapujos. Tú la querías así, pues aquí la tienes –me miraba con los ojos firmes, había dejado de llorar-. A tu padre le gustaban mucho las mujeres, desde el principio. Todas. A mí me quería, lo sé, mucho más que a las otras. Pero con ellas se entretenía. Le gustaba flirtear, decirles piropos, incluso en mi presencia. A lo largo de los años, hizo bastante más que decirles piropos. Tuvo varias amigas, lo sé. Yo tendría que haber estado más al quite, pero me pudo la desidia. Me cansé del esfuerzo de reconquistarle cada vez. Me llegó el desencanto, Gabriel, y me dediqué a mi trabajo exclusivamente. Decidí taparme los ojos y no ver más, porque lo que había visto hasta aquel momento no me gustaba nada. Mi postura fue equivocada. Ahora me doy cuenta. Pero, entonces, me pareció realmente lo más cómodo y también lo menos doloroso para mí. Sin

embargo, de esa manera seguramente acabé de perderle y, desde luego, te perdí a ti. No viví muchos de tus mejores momentos, perdí tu cariño y tu amistad. Tu padre y tú erais tan amigos, y eso me daba tanta envidia, Gabriel. Pero yo ya no estaba a tiempo de cambiar. No sabía cómo hacerlo.

Yo ya hacía mucho rato que tenía la cabeza gacha. No podía mirarla de frente. Y oía su voz desde muy lejos, desde muy lejos. En mi pensamiento repetía tres palabras constantemente: “No es verdad, no es verdad, no es verdad...”.

Pero sí era verdad.

Mi madre seguía y seguía:

-La última amiga conocida fue Rebeca, y antes existió un cierto flirteo con María. Tu padre tenía encanto, de eso no cabe duda. Pero lo de Rebeca fue bastante serio, tanto que me asustó de verdad. Me atreví a decirle que, si las cosas continuaban así, yo me separaba de él. Le di un ultimátum. Eso le afectó, mucho más de lo que yo pensaba. Él quería tenerlo todo, tal cual estaba, y quedarse sin mí le asustaba terriblemente. Por eso sé que me quería. Prometió dejar a Rebeca y ese verano nos fuimos a Roma.

Roma, eso era. Allí estaba la clave de las caras largas.

Silencio. Silencio prolongado. Subí levemente la cabeza y mi madre continuó su relato:

-Allí Gabriel hizo todo lo posible, pero yo... Yo estaba decepcionada y contra eso no se puede luchar. Llega un momento en que te das cuenta de que las personas no son como tú crees y, por mucho que hagan, ya nada es igual. Yo me sentía cansada. No tenía ánimos para volver a empezar de cero. Estaba saturada, tenía demasiados malos recuerdos en la cabeza y ya no creía lo que tu padre me decía. Ese era el problema fundamental: no creía en él. Supongo que Gabriel se dio cuenta de mi estado de ánimo y a la vuelta volvió a empezar con Rebeca. El día antes de que se marchara con el coche a la playa tuvimos una bronca gorda. Yo le dije que ya no habría nuevos intentos. Que por mi parte todo se había acabado y que empezaría a hacer los trámites lo antes posible. ¿Te das cuenta, Gabriel? ¿Ves como tengo razón para estar enfadada conmigo misma? ¡Cómo voy a estar enfadada con él! Yo le induje a hacerlo, Gabriel –ahora mamá sollozaba-. No pudo soportar que yo le dijera que iba a abandonarlo. Él no podía dejar a las otras, pero era incapaz de vivir sin mí. Me quería, a su manera me quería muchísimo. Pero yo... ¡yo lo maté, Gabriel!

-¡No! ¡No, mamá! ¡No digas eso, no es verdad!

Me levanté del suelo y corrí a abrazarla con todas mis fuerzas. Así estuvimos un buen rato. Ella no paraba de hablar. Me costaba entender sus palabras entrecortadas por el llanto:

-Si aquel día yo no hubiera dicho nada, él seguiría aquí, con nosotros. Estoy segura. Pero no. Tuve que hablar. Fui incapaz de callar por más tiempo. Se le hundió el mundo, se dio cuenta de que las cosas ya nunca serían iguales y no pudo resistirlo. No le bastaba con Rebeca, quería tenerlo todo. Así que cogió el coche y llegó hasta ese lugar de la costa. De repente estaba allí, junto al mar. Sabes lo que le gustaba... y decidió sumergirse en sus aguas. Y descansar. Nunca podré perdonarme. ¡Nunca!

-Nos engañó, mamá –mis brazos dejaron de hacer presión y levanté la cabeza para mirarla a los ojos-. Nos engañó durante mucho tiempo. No te culpes tú. La culpa es exclusivamente de él. Yo pensaba que él era... No, no lo conocía para nada. He vivido con un extraño toda mi vida. Él y solo él es el culpable de todo. Y no hay más que hablar.

Creo que mamá se asustó ante lo que dije. Intentó detenerme, pero yo caminaba ya por el pasillo.

-¿Adónde vas, Gabriel? Tu padre nos quería, te lo he dicho. No hay culpables, Gabriel; por favor. ¡Espera!

Salí por la puerta.

-¿Dónde vas, hijo?

-Necesito respirar. No te preocupes, mamá –y desaparecí corriendo por la escalera.

Sí, cierto, necesitaba respirar. Sentía que me ahogaba.

Corrí, corrí, corrí entre los árboles centenarios del Retiro. El bochorno era impresionante y me notaba completamente empapado de sudor, pero no podía parar. Tenía que correr, aunque no hubiera meta que alcanzar. Gabriel I era un extraño, un completo extraño. Había jugado su doble vida desde el principio. ¿Dónde estaba mi amigo, aquel a quien yo dirigía mis cartas? ¿Dónde estaba? ¿Quién demonios era?

Me sentía engañado a más no poder.

Las preguntas que durante semanas me había hecho quedaban de sobra contestadas.

¿Por qué había decidido abandonarnos? ¿Tan poco contábamos para él?

Pues sí. Ahora estaba claro lo poco que contábamos. No ya en el momento de su marcha, sino mucho antes. Estábamos abandonados desde el principio, desde la primera vez que tuvo una amante. Ni más ni menos.

Seguía corriendo extenuado.

Un trueno retumbó sobre mí y, en espacio de segundos, estalló una lluvia sobrecogedora.

Continué cada vez a ritmo más lento. Sentía una fuerte punzada en el costado. Estaba diluviando.

Mi padre no había desaparecido del mapa aquel lunes, quince de mayo, no. Desapareció de mi vida tan solo una hora antes, en el momento en que mi madre me abrió los ojos de golpe. Y lo hizo para siempre. Tendría que marcar la fecha para no olvidarla nunca: diecinueve de julio. Por esas casualidades de la vida, también lunes.

¡Se acabó! No habría más cartas. No habría más recuerdos. No habría más nostalgias ni estúpidos sentimentalismos. No se los merecía. Todo había terminado.

Cuando volví a casa eran las diez pasadas. Mi madre debía de estar vigilando, porque abrió antes de que yo lo hiciera. Nos abrazamos. Yo estaba completamente empapado. Fernanda me obligó a ducharme. Después me hizo beber un vaso de leche caliente. Se metió en la cocina y preparó la cena. Quería volver a la rutina. Pero no hubo manera.

Nos fuimos pronto a la cama. Seguía lloviendo. En una película también habría llovido al llegar a aquella escena: la lluvia como símbolo de la purificación del protagonista. En la vida real, no. Sería demasiada casualidad. Sin embargo, aquello era la vida real y llovía.

Me desperté de golpe en medio de la noche. Eran las tres y media. ¿Qué estaba soñando? Mi padre tenía entre sus brazos a Libertad.

¡Libertad! Entonces me di cuenta. Había olvidado mi cita.

El martes por la mañana mamá se fue a trabajar. Como siempre.

¿Y yo?

No me sentía con ánimo de ir a la piscina. No quería seguir leyendo el libro de mi padre. Lo metí de nuevo en la estantería. Tal vez podía hacer un último intento con Libertad.

Fui a la calle de San Andrés, esquina con Divino Pastor. Allí vivía. El portal estaba abierto. Entré. La escalera estaba oscura. Subí poco a poco. En el segundo llamé a la puerta de la izquierda. No abrió nadie. No había nada que hacer. Ni siquiera me había despedido de ella. Bajé despacio y me encontré con alguien que subía. ¿Libertad? No, Piluca.

-Hola. ¿Te acuerdas de mí? Soy Gabriel.

-Sí, el del Retiro. Hola.

Iba cargada con varias bolsas del supermercado. Le cogí una.

-¡Qué majo! Sube. ¿Querías algo?

-Venía a ver a Libertad.

-Ah, sí, Mercedes. No está. ¿No te dijo que se iba?

¡Mercedes!

-Sí, me dijo que se iba el martes, pero...

-Sí, se han ido esta mañana. Entra. ¿Quieres una birra?

-No, Piluca. Solo venía a despedirme. Me marcho.

-Bueno. Y gracias por subirme la bolsa.

Ya iba a bajar las escaleras, cuando Piluca me dijo:

-Ayer Mercedes te estuvo esperando...

-Ya. Adiós, Piluca.

Y no era un hasta luego, era verdaderamente un adiós. Otro más. Puerta cerrada.

También.

Mercedes...

De todas formas, me gustaba mucho más cuando se llamaba Libertad.

Veintiocho de julio. No me siento con fuerzas para llamar a Jaime. Estoy bloqueado. Vacío. Mi madre se escuda en su trabajo, pero yo... Las horas pasan muertas y soy incapaz de fijar mi atención en algo. No, no es cierto, sí la fijo; pero lo hago en un solo pensamiento: él y sus mentiras. Él y sus malditas mentiras. Y, sin embargo, eso es precisamente lo que quiero evitar. Tengo que empezar a ir a la piscina de nuevo. Es necesario. Fernanda, al hablar conmigo, se liberó. La conversación le hizo bien, lo sé. Camina más decidida y sonrío mucho más de lo que lo hacía. Yo, sin embargo... Desde el lunes de la semana pasada transporto una dolorosa carga. Ella me la traspasó. Nada es como parecía. Por otra parte, casi nunca nada es como parece.

No es domingo, y aunque lo fuera... Ya no me queda ni siquiera la ilusión por ir al Retiro para ver si me encuentro a Libertad.

Creo que en la vida uno debe ponerse metas, que siempre haya varias cosas que estén por llegar y te ilusionen. Hay que tener expectativas. No hace falta que sean mayúsculas; con pequeñas ilusiones uno ya debe ser capaz de vivir y de vivir bien. Yo siempre he actuado así a lo largo de los años. ¿Qué me regalarán por mi cumpleaños? ¿Qué película veré este fin de semana? ¿Qué nota me pondrán en el examen de *mates*?

Pero hoy, ¿qué me queda? Tampoco tengo ganas de ir a Deià, ahora que ya está tan cerca. Deià es él, en todo momento y a todas horas.

Perdón, Alejandra, perdón. Tú sí. Estás ahí y siento ganas de verte. Te llamé ayer y debiste de notar algo en mi voz, porque inmediatamente accediste a salir esta tarde conmigo. Como en los viejos tiempos.

No iba con el pensamiento de contarle nada a Álex. Sin embargo, nos sentamos en una terraza y –todavía no sé por qué– comencé a hablar sin parar. Salió todo. No me dejé ni una miserable coma en el tintero. Le conté todo lo que antes significaba mi padre para mí. Ella asentía con la cabeza de vez en cuando. Como queriéndome decir: “Lo sé, Gabriel. No hace falta que me lo digas, lo veía en tus ojos cada vez que hablabas de él”.

Le hablé de las cartas que le había escrito en el diario, de los recuerdos que quería fijar para no olvidarlo nunca y también de las muchas preguntas que quedaban sin respuesta.

Después, le conté la conversación con mi madre; cómo ella se había sincerado conmigo y mi padre se había caído del pedestal en un santiamén.

-Así que se acabó –terminé.

-¿Y? –hizo Alejandra-. No hay nada extraño en lo que me cuentas. Los padres también son seres humanos, Gabriel. Te creías que era un ídolo, pero los ídolos solo existen en las películas. Nada más.

¡Estupendo! Le contaba mis penas para que me acompañara en mi dolor, para que me consolara: y ella, en cambio, me llevaba la contraria. Por primera vez en su vida me llevaba la contraria y tenía que ser precisamente con el asunto de Gabriel I. ¡Buen momento había escogido!

Lo intenté de nuevo. Debía de ser que Alejandra no comprendía del todo la situación.

-Pero me engañó, me engañó de lleno.

-Más engañó a tu madre, Gabriel. Es más, a tu madre la engañó, la engañó con otras mujeres. Pero a ti, ¡dime tú en qué te engañó! Vamos a ver.

-Llevó una doble vida conmigo. Hacía ver que me quería y, sin embargo, me ignoraba. Mucho cariño, muchas risas, y luego... -lo cierto es que, a medida que hablaba, cada vez me sentía menos seguro de mí mismo.

-¡Gabriel, no seas tan niño! Tú sabes perfectamente que te quería, y eso es lo que verdaderamente tiene que importarte. Y, que yo sepa, nunca te abandonó.

-No es tan fácil, Álex.

-Esa ya lo sé. Sé que no es nada fácil. ¿Por qué no haces una cosa? Lee otra vez las cartas, todas las cartas que le has escrito, y recuerda aquellos momentos de nuevo. No solo las cartas, el diario entero, de cabo a rabo. Estoy segura de que, si lo haces, te darás cuenta de que como padre se lo montó; que se lo trabajó, vaya. Fue un buen padre, Gabriel.

-¡No!

-¿No? Ah, ya entiendo. Estás haciendo el papel de fuerte y tienes miedo de caer. Bueno...

Entonces Alejandra cambió de conversación. Empezó a hablar de su ciudad. Tenía ya “*La Pas*” casi al alcance de la mano.

Fue la despedida. Ya no volveríamos a vernos por lo menos hasta mediados de septiembre.

Cuando nos dijimos adiós, me dio un apretón de manos.

-¿Amigos? –y sonrió con sonrisa pícaro.

Pero yo preferí plantarle dos besos en las mejillas.

-Lo que a ti te pasa es que eres un romántico y un sentimental –esas fueron sus últimas palabras.

Sí, supongo que soy un romántico y un sentimental.

¿Pasa algo?

Tal vez Alejandra tenga razón. Las personalidades de la gente se componen de muchas facetas, unas buenas y otras malas.

¿Fue Gabriel un buen padre?

Sí, honestamente, pienso que sí. Y eso es lo que me debe interesar. Nada más. Mi madre se llevó la peor parte, pero yo no puedo poner queja alguna.

Eso es lo que pienso algunas veces. Pero otras...

Otras creo firmemente que esas varias facetas de la personalidad de hombres y mujeres no son compartimentos estancos, sino que están fuertemente vinculadas entre sí. Y que si alguna falla, todas las demás se resienten. Sin duda alguna.

Es difícil de explicar. Me viene a la memoria el día en que descubrí que en Madrid todas las calles y las plazas estaban relacionadas entre sí. Hasta aquel momento, yo iba a un sitio, iba a otro –o, mejor, me llevaban-; pero no tenía ni idea de que podían estar ligados entre ellos. Y un día aprendí a mirar. Empecé a pasear, a andar sin que nadie me llevara de la mano, y descubrí la verdad. Fui al Palacio de Oriente, cogí por la calle Bailén y, de repente, estaba en la Plaza de España. Hasta aquel día –y mira que había ido veces a los dos sitios- no tenía ni idea de que ambas plazas estaban tan próximas.

Pues eso; papá era estupendo conmigo. Pero ¿con mi madre? Y si con mi madre no estaba a la altura, ¿podía ser estupendo conmigo?

¡Buf! Yo qué sé...

Treinta y uno de julio por la tarde. Mamá ha empezado a preparar las maletas. Odió que las cosas se queden para el final. Le gusta tenerlo dispuesto todo con tiempo. Lleva días preocupada por mí, lo noto. La he pillado varias veces mirándome con cara

interrogativa. Cuando se da cuenta de que la veo, desvía la mirada y comenta cualquier tontería. Siempre igual. No hemos conversado más del asunto, pero temo que vuelva a las andadas. Ahora soy yo el que no quiere hablar. Asunto zanjado. Y no hay más que decir.

Escribo eso de que temo que vuelva a las andadas porque me ha dicho que podemos ir juntos a comer a algún sitio. Y ha terminado con un “Así charlaremos con más tranquilidad”.

¿De qué quiere hablar ahora? Va a intentar que me reconcilie con papá, lo sé. Ella es así. Tendría que estar dolida, dolidísima y, en cambio, ahora quiere que yo perdone a Gabriel I. En fin. ¿Será verdad eso de que no hay quien entienda a las mujeres?

Pero la verdad pura y simplemente es que yo a lo largo de los años he metido la pata al por mayor. Dejé de lado a mi madre, escogí a mi padre y en la elección me equivoqué de principio a fin. Más me hubiera valido hacerme amigo de Fernanda. Ella no me engañó en ningún momento. Sin embargo, él me tomó el pelo a más no poder. Estoy seguro de que si leyera de nuevo las cartas, como me dijo Alejandra, comprendería lo ingenuo y animal que he sido.

Lo que me temía.

Hemos ido a comer a La Torre. Siempre nos ha gustado comer allí, al aire libre, bajo los árboles y sin nadie que te moleste. Un sitio idóneo para hablar, claro. Y hemos hablado.

Ha empezado Fernanda:

-Estás ya mejor, ¿verdad, Gabriel?

-No estaba enfermo, mamá.

-Sabes perfectamente a lo que me refiero.

-Estoy igual que hace dos semanas: desengañado. Esa es la palabra adecuada, creo.

-Gabriel...

-Vamos a ver, mamá, ¿qué quieres que te diga? Esa es la verdad. Me he dado cuenta de que desperdicié un montón de años con él, en vez de estar a tu lado, que mejor me habría ido.

-Estás equivocado, Gabriel. No estuviste a mi lado, no porque tú lo decidieras así, sino porque yo no dejé que te acercaras a mí. Yo tampoco me porté como tú merecías. Yo también tuve mi parte de culpa. Y con tu padre, tres cuartos de lo mismo. No le presté la atención suficiente. No cierres más los ojos. Porque sabes perfectamente que lo que te digo es verdad. Aquí el que esté libre de pecado que tire la primera piedra.

Me ha dejado atónito, casi sin palabras. Solo he podido comentar, más para mí mismo que para ella:

-Qué dura eres, mamá.

-A veces, es necesario serlo. Tus padres, así, en plural, no han sido perfectos. En absoluto. Tus padres se han equivocado en un montón de cosas y hora es de que lo reconozcas. Los dos hemos obrado mal, así, en general. Pero hay una diferencia clara a favor de tu padre, Gabriel: él no te dejó de lado. Yo sí. Aprovecha y recuerda siempre los buenos momentos que pasaste con él, porque tú, hijo, tuviste la inmensa suerte de disfrutar de lo mejor de tu padre. Y esa relación estupenda que tenías con él no era fingida, no. Era absolutamente real, de eso puedes estar seguro.

Esas palabras tan sinceras de mamá, en las que ha asumido toda su culpa, me han hecho pensar que tal vez todo sea mucho más sencillo de lo que yo me he empeñado en creer. Soy bastante dado a darle cien mil vueltas a las cosas, y las cosas, sin embargo, son como son. Sin más.

Antes de que nos levantáramos para irnos, Fernanda ha añadido algo más:

-Hay otra cosa, yo..., si tú lo aceptas, quiero rectificar. Me gustaría estar todo lo cerca de ti que tú quieras. Nosotros dos sí tenemos un futuro por delante, ¿no?

-Sí, mamá.

Y nuestras manos se han unido sobre el mantel.

Cuando hemos llegado a casa, aún me quedaba otra sorpresa más.

Mamá ha sacado del cajón de la cómoda la alianza y el reloj de papá. Ni siquiera sabía que los tenía.

Mientras se colgaba la alianza de la cadena que lleva siempre al cuello, ha dicho:

-Sabes lo cuidadoso que era tu padre. Antes de bajarse del coche, se quitó el reloj y la alianza y los dejó sobre el asiento. Allí los encontró la policía. Estoy segura de que eran para nosotros, Gabriel. Cuando me los dieron, los guardé sin más. No podía ni pensar. Pero ahora creo que estamos preparados, tanto tú como yo.

Y me ha puesto el reloj en la muñeca.

Me gusta llevarlo. Es el mismo que, sobre la cama, hacía aquel sonoro tictac cuando de pequeño yo acercaba mi oreja.

Ese recuerdo me ha llevado, irremediabilmente, a releer el diario y las cartas. Desde el principio. Sé que me había negado a hacerlo a pesar de la insistencia de Alejandra. Pero ha podido más la nostalgia, aunque me prometiera a mí mismo que nunca más iba a sufrirla.

“Mi padre no está muerto. Es solo que se ha marchado a un viaje muy largo. Tardará días en volver. Tal vez cuando lo haga yo ya no esté aquí. Se fue hace dos semanas. Justo catorce días...”

Bueno. Leído. Entero y verdadero.

Curioso...

Estos últimos días no he hecho más que echarle en cara a mi padre que me había engañado, que era un mentiroso... ¿Y yo? En este diario no hago más que engañarme a mí mismo. Desde la primera frase. ¿Cuándo demonios voy a ser sincero y decir lo que le ocurrió verdaderamente?

Nada de que huyera, nada de desapariciones ni de marchas, nada de viajes largos, como tengo la osadía de decir en las primeras frases. No, señor. ¡No! Mi padre no va a venir nunca más. Se murió. Se murió. Se murió.

Ni más ni menos. Así de sencillo. Y no solo es que se muriera, ¡no! Es que se suicidó. Decidió matarse, dar fin a su existencia. Eligió, y en eso fue libre. Eligió morir. Todos morimos, pero él le puso fecha a su muerte. Nada más.

Estoy en Deià. Ayer fue un día de tránsito. Maletas. Avión. Palma. El abuelo vino a recogernos con el coche. Y por fin la casa de piedra amarilla. Sólida. Siempre igual, con su balconada sobre el mar. Y el mar, tan azul y tan sonoro. Y el aire. Y los pinos. Y Quim que, en cuanto se olió que habíamos llegado, apareció para decirme que si mañana íbamos a bucear. Bueno... Sí, quiero un verano de buceo, de pesca, de paseos, de comilonas y de gente, sobre todo de gente. Lo necesito. Y creo que me lo he ganado a pulso, además.

Era ya de noche cuando llegamos, así que dejé el ritual para hoy por la mañana.

Pero muy temprano, a eso de las ocho, he salido a la terraza. Me he acercado a la barandilla, he puesto los codos sobre ella, he aspirado el aroma del mar, me he impregnado del rumor de las olas, y cuando iba a agacharme para coger una de las piedrecillas de la grava de una jardinera, alguien ha rodeado mis hombros con sus brazos. He asido esas manos con temor de encontrarme las rudas manos del abuelo o las deformadas por la artritis de la abuela. Pero no, eran suaves y jóvenes: eran las manos de Fernanda. He girado levemente la cabeza y ella me ha dado un beso en la frente. Luego he cogido el guijarro, ella ha envuelto mi mano con la suya, y lo hemos lanzado al mar. Juntos.

Ha dado de lleno en el agua.

Después, nos hemos zampado un desayuno digno de la abuela. Mientras estábamos en ello, han aparecido Pere y su hijo Quim con todos los aparejos de buceo. Y enseguida nos hemos hecho a la mar.

Querido Gabriel:

Ha pasado bastante tiempo desde la carta anterior. Las aguas han estado algo revueltas, pero ya todo marcha mejor. Debe de ser el clima del Mediterráneo.

Sí. Estoy aquí de nuevo, en Deià. Luce el sol, huele a mar por todas partes y ya he ido con Quim y Pere a bucear.

Solo quería decirte que las cosas en casa ahora van bien. Mamá y yo estamos aprendiendo a entendernos. Nuestra meta es alcanzar la armonía que existía entre

nosotros dos. (Bueno, está bien, no quiero exagerar: que a veces existía entre nosotros dos.) Estamos en ello, día a día. Por de pronto, hicimos juntos el ritual que tú nos enseñaste hace ya muchos años. Y la piedra cayó donde debía. Te lo aseguro.

Papá, esta es la última carta. El cuaderno se acaba. De todas formas, a lo largo de estos más de dos meses que llevo escribiéndote, te lo he dicho ya todo. Creo. Ahora no haría más que repetirme. Quedamos en esto, ¿te acuerdas? Se acabaría el cuaderno y, con él, se acabarían el diario y las cartas.

Te fuiste físicamente, pero seguimos sintiéndote –todos, lo sé- junto a nosotros, en cada momento del día.

Y toda la vida va a ser así.

Solo una cosa más: llevo tu reloj en mi muñeca. Prometo cuidártelo. Gracias. Por el reloj y por todo.

Te quiere (siempre)

Gabriel

Los muertos no pueden contar su vida. Solo lo hizo William Holden flotando en la piscina. Primera secuencia de *El crepúsculo de los dioses (Sunset Boulevard)*. Pero era una película. En la vida real no pueden hacerlo. Están muertos.

Lo digo porque en estos momentos es lo que más me gustaría. Tengo la versión de mi madre, tengo la mía; pero me falta la de Gabriel I. Con ella completaría la información, cerraría el círculo. Pero es inútil, nunca la tendré.

De todas formas, los círculos se cierran en los libros, y en las películas, claro. Un escritor o un guionista deja todo atado y bien atado.

Los pobres mortales, en cambio, andamos al vaivén del destino y nos sujetamos como buenamente podemos a que las cosas sigan su curso. Solo eso.

Tenía una deuda pendiente. Los últimos días en Madrid decidí que no iba a cumplirla. Pero errar es de sabios, dicen. Aquí estoy y la he cumplido.

Ayer por la tarde subí a lo más alto del pueblo. Una buena manera de ejercitar las piernas. Hasta arriba, al cementerio.

Hacía mucho que no había entrado allí. De pequeño papá me llevó a ver la tumba de Robert Graves. Seguía igual, y con flores frescas.

A Gabriel le gustaba mucho ese lugar. Decía que solo en un sitio así se podía descansar tranquilo. “Pequeño, recoleto, con el mar allí abajo”, y añadía: “y acompañado por tantos artistas, ¿qué más se puede pedir?”. Me parece que todavía escucho su voz.

Sí, papá tenía razón. Es el cementerio más bonito que conozco. Así que no hubo problemas en ese sentido cuando murió. Dos días después de que desapareciera, los socorristas descubrieron el cuerpo flotando en aquellas aguas –como William Holden en la piscina de Gloria Swanson–, y, aunque no dejó nada escrito, mamá y los abuelos dijeron que había que enterrarlo aquí. Solo así descansaría tranquilo.

Y aquí está.

Su losa se encuentra en la zona que da al mar. Corría aire, se estaba bien. Estaba claro que mamá había ido el día anterior. Había claveles rojos, las flores que más le gustaban a Gabriel I. Le prometí llevarle yo también la próxima vez.

La próxima vez...

Y ahora... ahora voy a escribir a Alejandra. ¿Qué hora será en “*La Pas*”?

Punto final.